

MUNICIPALIDAD DE QUITO



Museo Histórico

Organo del
Museo de Historia

Departamento de
Educación y Cultura Popular

Quito - Ecuador

IMPRENTA MUNICIPAL

Nº 25



MUSEO HISTORICO

*Revista trimestral
Organo del Museo de Historia
Departamento Municipal de
Educación y Cultura Popular
Quito - Ecuador*



"POPVLVS MAGNVS ABVNDANS VIRTUTE"

"Un gran pueblo que abunda en virtud"
es el símbolo de la Condecoración de la Ciudad
de Madrid, concedida al Sr. Alcalde de Quito, Dr. Carlos Andrade Marín.

MUSEO HISTORICO

Año VIII Quito, 6 de Diciembre de 1956 No 25

DIRECTOR: JORGE A. GARCES G.

El día de Quito

SI algo se conocía sobre la fundación española de la Ciudad de Quito, hasta el año de 1934, era cuanto con vaguedad nos decían ciertos historiadores ecuatorianos. Cuatro siglos habían transcurrido, de indiferencia en el alma ecuatoriana. El 6 de Diciembre no constaba en el calendario de las conmemoraciones cívicas y nada había dicho esta fecha a los quiteños que dormitaban en las glorias del pasado cercano, cuando un Marqués de Miraflores, un Marqués de Villa Orellana, un Manuel Larrea, un Manuel Zambrano, etc. etc., iniciaron el 10 de Agosto de 1809, las gestas libertarias, que para la hoy República del Ecuador, culminaron en Pichincha trece años más tarde, el 24 de Mayo de 1822, consagrando a la inmortalidad las figuras de Antonio José de Sucre y de Abdón Calderón.

Si fechas de perennidad han de considerarse estas últimas, el 6 de Diciembre de 1534 selló definitivamente la suerte de un pueblo que sentaba sus bases a una vida legendaria, que en el transcurso de los siglos había de desenvolverse tornándose en el cerebro y corazón de un Continente.

La antigua capital de los Shiris, el asiento de Atahualpa será, desde el 6 de Diciembre de 1534, la célula vital a cuyo rededor se moverán los otros pueblos incorporados a la Corona de Castilla. Las ciencias, las artes, las virtualidades del espíritu florecerán en Quito como centro de irradiación al resto del Continente, como fruto espontáneo de las capacidades de una raza que esperaba ser modelada por una nueva civilización; como fruto natural del vigor espiritual de un mestizaje que aventajará en mucho potencialmente a sus colonizadores.

Y fué el 6 de Diciembre de 1534, cuando los quiteños, sacudiendo su letargo, se aprestaron a conmemorar el cuarto centenario de la Fundación de la capital Ecuatoriana, la fecha inicial de la cual arranca el recuerdo anual del día en que el Capitán Sebastián de Benalcázar, por orden de Almagro y de Pizarro, al asentar sus plantas en la vencida capital indígena; nombrar Alcaldes, Regidores y Escribano, a sus compañeros de hazaña Juan de Ampudia, Diego de Tapia, Pedro de Añasco, Juan de Padilla, Alonso Fernández, Martín de Utrera y Gonzalo Díaz; y repartir solares, engastaba la mejor gema a la Corona de Carlos V.

El Ilustre Concejo de Quito, legítimo heredero de los Cabildos de cuatro siglos, llamó la atención del Gobierno Nacional; hizo conocer al mundo su historia, con la publicación de las Actas del siglo XVI, y traduciendo el sentimiento del pueblo viene dando año tras año, a esta fecha la importancia que se merece.

Han pasado veinte y dos años de la celebración del cuarto centenario, el 6 de Diciembre de 1534; y aquel día es anualmente para los quiteños, para los ecuatorianos, el aniversario de su natalicio, el día de la nacionalidad, en que han de regocijarse llevando a su espíritu el recuerdo del origen de su grandeza y de sus glorias.

Permanente ha sido el empeño del Ilustre Concejo para el mantenimiento y vigorización en las masas populares, del amor y admiración a los héroes que en el lapso de cuatro siglos han florecido en el suelo fecundo de nuestra Patria. Y para interpretar este anhelo del pueblo quiteño, se creó el Departamento Municipal de Educación y Cultura, que en su escaso año de existencia ha dado ya pruebas de la fecunda obra que se puede hacer en beneficio del hombre que por sus escasas posibilidades económicas se ha mantenido alejado de los medios de esparcimiento que da la civilización moderna.

Nutrido y abundante es el programa formulado por el Departamento de Educación y Cultura, para la conmemoración del 6 de Diciembre próximo. Iniciándose el 5, avanza hasta el 9, constando entre los principales números: desfiles estudiantiles en que han de tomar parte alumnos de quinto y sexto grado de las escuelas primarias y colegios secundarios fiscales, municipales y particulares; sesión solemne del Centro Ecuatoriano-Norteamericano, conciertos de la Orquesta Sinfónica Nacional; encuentros de Foot-ball en el Estadio Olímpico; sesión solemne del Concejo en homenaje a la Ciudad; actuaciones del Coro de la Casa de la Cultura, conciertos de gala de la Banda Municipal; conciertos populares radiodifundidos en la Alameda, el Parque de Mayo y el de la Independencia; exposiciones de trabajos artísticos de los alumnos de los colegios municipales; constituyendo seguramente el número central, el festival artístico-cultural en que se presentará una obra del conocido Dramaturgo nacional Francisco Tobar, sobre el tema histórico: "La Fundación de Quito por Sebastián de Benalcázar". En este drama intervendrán coros de colegios secundarios y actores caracterizando los principales personajes aborígenes y españoles.

Siluetas de Manuela Sáenz

AL CONMEMORARSE EL PRIMER CENTENARIO DE SU MUERTE (1)

Por Gonzalo Zaldumbide



MANUELA Sáenz, —“Manuelita”, como solían llamarla amigos y admiradores, atraídos por su gracia y volubilidad, sin disminuirla con el diminutivo de simpatía,— era todo un hombre, y muy mujer hasta en sus ímpetus heroicos o su ademán de gentil fiereza.

Se sabe que era verdaderamente hermosa, y muy blanca. De su tez “nacarada” —era el

(1) Noviembre 23—1856—1956.

epíteto de entonces,— hablan repetidamente cuantos memorialistas recuerdan haberla visto brillar en lidias y saraos; como también de su apostura a caballo o a pie, de su porte señorial al natural, de su genio espontáneo y vivaz, familiar con todos, aun con sus enemigos, de quienes se reía con placer. Recuérdese a Santander fusilado por ella en efigie de pelele.

Esta mujer de armas tomar no era un marimacho ni cuando andaba entre soldados, con “sus dos pistolas turcas de bronce martillado”, grabadas a su nombre en la culata, y puestas de lado y lado del arzón en su montura o al cinto de su talla flexible; ni cuando, sable en mano, salió a la escalera de su casa en Bogotá a recibir al Alcalde que venía furioso a apresarla, después de que Manuelita había logrado correrlo de vergüenza con la estratagema de fingirse enferma, yacente entre los encajes de sus sábanas y blandos almohadones: (¿Cómo encarcelar a una “moribunda”?); ni cuando, seguida por su fea y alegre negra Jonatás, arremetía a caballo, lanza en ristre, a despejar en la plaza un motín contra ella.

Hija del vasco noble e irreducible Don Simón Sáenz de Vergara, habida en Doña Joaquina, —hija a su vez del terco Don José de Aispuru, también “vasco de noble cuna”—, había heredado del temple antiguo de su casta más que de la fortuna, abundante en bienes raíces en los alrededores de Quito, que le legó su madre arrepentida.

Don Simón, nacido en Burgos, regresó a España sin transigir con la Revolución de la Independencia, fiel al Rey cuyo Capitán de Milicias y Recaudador de diezmos en el Reino de Quito era.

Antes de partirse, para morir en la villa y Corte, dejó reconocida legalmente a su hija ilegítima, —pero cuán legítima en el ardor de la sangre y fibra de carácter, algo inquietante por lo mismo;— y

dotándola de la hacienda de Cataguango y de ocho mil pesos, la casó con un inglés flegmático.

Ya casada, en Lima, vino Manuela a Quito, sola. Venía a reclamar los bienes de su herencia materna a los Aispuru, quienes se la disputaban, sintiéndose mancillados en su nombre por el origen novelesco de ella: pues provenía de amores de Don Simón con una joven soltera, tal vez pariente suya.

El documentado Von Hagen describela así, a Manuela, camino a su sierra nativa:

“Cuanto había en ella evocaba el orgullo y la elegancia. Cabalgaba de amazona. Sus menudos pies, calzados con botas de charol, descansaban levemente en los estribos y hacían tintinear la dorada espuela. Su vestido de montar, color verde-botella, de corte pseudo-militar, revelaba una impresionante esbeltez y sinuosa gracia. Su alzacuello ponía de relieve el rostro oval y la clara piel alabastrina. Su nariz, fina y un poco aguileña, mostraba la herencia de la aristocrática España.”

Su abuelo materno, Don José de Aispuru, se había hecho rico por su matrimonio y su trabajo en Quito; pero sus hijos disputaron a la sobrina mal habida su dinero.

Esto me recuerda de paso lo que un amigo español, Francisco Cirre, me decía: “lástima que su apellido sea de origen vasco. Los vascos son muy brutos, sólo sirven para hacer dinero.”

Lástima, le dije a mi vez, que esto último sufra excepciones; que en cuanto a lo primero no siempre es cierto. Pero el hecho es que Don José hizo dinero y sus hijos querían guardarlo. Pero una ocasión, Manuelita, seguida de su negra Jonatás, fue al fundo más cercano, tal vez Cataguango, que le tocaba, y arreó diez mulas para traérselas de regalo a Sucre, acompañándole una carta en que le decía: “Y si algo siento es no tenerlas tantas cuantas puedan

epíteto de entonces,— hablan repetidamente cuantos memorialistas recuerdan haberla visto brillar en lidias y saraos; como también de su apostura a caballo o a pie, de su porte señorial al natural, de su genio espontáneo y vivaz, familiar con todos, aun con sus enemigos, de quienes se reía con placer. Recuérdese a Santander fusilado por ella en efigie de pelele.

Esta mujer de armas tomar no era un marimacho ni cuando andaba entre soldados, con “sus dos pistolas turcas de bronce martillado”, grabadas a su nombre en la culata, y puestas de lado y lado del arzón en su montura o al cinto de su talla flexible; ni cuando, sable en mano, salió a la escalera de su casa en Bogotá a recibir al Alcalde que venía furioso a apresarla, después de que Manuelita había logrado correrlo de vergüenza con la estratagema de fingirse enferma, yacente entre los encajes de sus sábanas y blandos almohadones: (¿Cómo encarcelar a una “moribunda”?); ni cuando, seguida por su fea y alegre negra Jonatás, arremetía a caballo, lanza en ristre, a despejar en la plaza un motín contra ella.

Hija del vasco noble e irreducible Don Simón Sáenz de Vergara, habida en Doña Joaquina, —hija a su vez del terco Don José de Aispuru, también “vasco de noble cuna”—, había heredado del temple antiguo de su casta más que de la fortuna, abundante en bienes raíces en los alrededores de Quito, que le legó su madre arrepentida.

Don Simón, nacido en Burgos, regresó a España sin transigir con la Revolución de la Independencia, fiel al Rey cuyo Capitán de Milicias y Recaudador de diezmos en el Reino de Quito era.

Antes de partirse, para morir en la villa y Corte, dejó reconocida legalmente a su hija ilegítima, —pero cuán legítima en el ardor de la sangre y fibra de carácter, algo inquietante por lo mismo;— y

dotándola de la hacienda de Cataguango y de ocho mil pesos, la casó con un inglés flegmático.

Ya casada, en Lima, vino Manuela a Quito, sola. Venía a reclamar los bienes de su herencia materna a los Aispuru, quienes se la disputaban, sintiéndose mancillados en su nombre por el origen novelesco de ella: pues provenía de amores de Don Simón con una joven soltera, tal vez pariente suya.

El documentado Von Hagen describela así, a Manuela, camino a su sierra nativa:

“Cuanto había en ella evocaba el orgullo y la elegancia. Cabalgaba de amazona. Sus menudos pies, calzados con botas de charol, descansaban levemente en los estribos y hacían tintinear la dorada espuela. Su vestido de montar, color verde-botella, de corte pseudo-militar, revelaba una impresionante esbeltez y sinuosa gracia. Su alzacuello ponía de relieve el rostro oval y la clara piel alabastrina. Su nariz, fina y un poco aguileña, mostraba la herencia de la aristocrática España.”

Su abuelo materno, Don José de Aispuru, se había hecho rico por su matrimonio y su trabajo en Quito; pero sus hijos disputaron a la sobrina mal habida su dinero.

Esto me recuerda de paso lo que un amigo español, Francisco Cirre, me decía: “lástima que su apellido sea de origen vasco. Los vascos son muy brutos, sólo sirven para hacer dinero.”

Lástima, le dije a mi vez, que esto último sufra excepciones; que en cuanto a lo primero no siempre es cierto. Pero el hecho es que Don José hizo dinero y sus hijos querían guardarlo. Pero una ocasión, Manuelita, seguida de su negra Jonatás, fue al fundo más cercano, tal vez Cataguango, que le tocaba, y arreó diez mulas para traérselas de regalo a Sucre, acompañándole una carta en que le decía: “Y si algo siento es no tenerlas tantas cuantas puedan

necesitar los bravos soldados sobre cuyas fatigas descansamos." Y ponía a sus órdenes su fortuna.

"Sucre se emocionó mucho, dice Hagen, y de su puño y letra se dirigió a Manuela: "Usted aceptará el agradecimiento del Ejército por la virtuosa oferta de sus propiedades pues nada le es tan lisonjero como hallar con quien compartir las glorias que la República concede a sus guerreros."

*

*

*

Cuando, poco después, Bolívar la conoció en Quito, quedó envuelto para siempre en los giros de la contradanza que con ella bailó toda la noche, a despecho de otras damas circunspectas, que asistieron al gran baile en honor del Héroe, qué, héroe y todo, gran paladín, era también gran bailarín, gran seductor. Y para bailar la ñapanga o el minué, nadie más suelta y graciosa que Manuelita.

De las doce noches que Bolívar pasó con ella en Quito, le quedó al guerrero el dejo de esa pasión subitánea y tenaz que a través de ausencias e intermitencias de su vida ponía en su pluma, como un retornelo, ese: "ven, ven, ven.". Y Manuela vencía a caballo, y por qué caminos, las distancias que aun en avión nos parecen excesivas. Acudía presurosa al llamamiento, porque Bolívar, entre batallas y descansos, triunfos y reveses, sinsabores y glorias, la necesitaba: era la compañera en quien fiar, así en el vivac como en los salones, en los consejos áulicos como en las tramas y rivalidades de la aviesa política, donde Manuelita discernía al vuelo, con su instinto de ave de cetrería y de mujer.

Era su estímulo y su sosiego. Uno a otra éranse fieles en la constante inconstancia de entrambos.

La inteligente y graciosa burla que la juvenil esposa hizo de "su inglés" tan serio, amo y señor legal pero incompatible e inasimilable, continúa sonriendo hasta ahora en la carta de excusas que le dirigió para recobrar su ingénita libertad.

Risueña en Quito, vigilante e insomne en Bogotá, desesperada en el destierro, siguiendo siempre al grande hombre, aunque fuera sólo en espíritu, y poniéndose luego en camino, detrás, detrás, ansiosa de llegar a tiempo hasta San Pedro Alejandrino, Manuelita le asistió hasta última hora, fidelísima de lejos como de cerca y entre enemigos.

"El hielo de mis años se reanima, con tus bondades y tus gracias. Tu amor da vida a una vida que está expirando. Yo no puedo estar sin tí, no puedo privarme voluntariamente de mi Manuela. No tengo tanta fuerza como tú para no verte. Te veo, aunque lejos de tí. Ven, ven, ven."

Con esta cita termina su libro Von Hagen, tomándola, dice, "de una hoja renegrida cuyo mensaje todavía podía ser leído" entre el montón de cenizas en que el Cuerpo de Sanidad de Paita había convertido todas las pertenencias de Manuela, inclusive el cofre de cuero "con más de cien cartas del amante", por combatir el contagio de la horrible peste que había cogido a Manuela postrada, inválida, ya vieja, y llevádosela a la fosa de apestados.

*

* * *

¿Qué queda de esa vida, de esas vidas fulgurantes? Pavesas, cartas, tradiciones, crónicas, historias, biografías, que ayudan a recomponer pálidamente el color y el calor de esas figuras, en el marco desvencijado de su tiempo.

De las numerosas biografías de Manuela, no he leído, con sostenido interés y vivo agrado, sino la magnífica que compuso hace unos diez años Alfonso Rumazo González, quien ha completado últimamente el díptico con su viviente Bolívar.

Las Memorias de Boussingault han sido leídas por muchos con malicia o con maldad. Una de las más recientes y documentadas biografías es la de Von Hagen ya citada, traducida en mal español el año 1953, y algo entreverada, enrevesada.

Como quiera que se la presente, esa quiteña traviesa y heroica es criatura excepcional. Excepcional fue también su época, con sus capitanes trashumantes, sus tropas colecticias, sus gentes inquietas, sus generales casi imberbes. — Quién nos diera ver, en una estampa goyesca, a la negra Jonatás, la irremplazable esclava de Manuela, desatarse como una oscura fuerza de la naturaleza, en una de sus danzas delirantes, —cual la que presencié Boussingault,— como si en ella reapareciera el júbilo ancestral en algún aduar de su Africa remota. Manuela gozaba de verla salir de pronto al ruedo, a bailar con su alboroto y alborozo de salvaje, o a caricaturizar con su mímica diabólica a las señoronas bogotanas enemigas de su ama, que era su ídolo, su fetiche, su magia blanca.

*

* *

En lo tocante a la célebre hermosura de Manuela, los quiteños de estos dos o tres cuartos de siglo han podido imaginarla rediviva en su sobrina biznieta Doña María Sáenz de Ashton.

Cuando en sus abriles María fue proclamada en Quito "Reina de Belleza", los quiteños pudieron decir quien lo hereda no lo hurta.

La misma ponderada blancura, los mismos rasgos de tipo clásico, la misma marca de estirpe: así debió de ser la Manuela de la leyenda, según la describieron testigos e historiadores. El Quito de la época persistía aún. Al ver a la joven María asomada a su ventana de la carrera García Moreno alguna tarde, como solían asomarse entonces las muchachas de su edad, la semejanza retrospectiva podía parecer más real. El "parecido" que notaron dichos historiadores y testigos, entre Manuela y su hermanastro Don José María Sáenz y del Campo, a quienes vieron tantas veces juntos, debió de ser exacto. Los unía, a esos dos vástagos recientes del mismo recio tronco, no sólo el talante y la expresión, sino también el temperamento, movedizo, activo, emprendedor, casi tanto en José María como en Manuela.

El joven José María prestaba también a la causa de la Emancipación dinámicos servicios, a diferencia del padre y demás hermanos. Consonaba y congeniaba con su genial media-hermana. Más tarde, ascendido ya a General, Don José María participó en el movimiento de "El Quiteño Libre", y murió en Pesillo, asesinado junto con Don Ignacio Zaldumbide, en la primera acción de armas contra Flores, brote de reacción del patriciado y el pueblo contra el militarismo forastero apoderado de la naciente nacionalidad.

Yo no sé si aquel parecido testimonial perduró en el segundo José María, Don José María Sáenz y Fernández Salvador, padre de María. Pero la reviviscencia de ese parecido fue patente en Doña María: no hace falta verlo en el retrato que dicha Doña María Sáenz de Ashton conserva de su antigua casa solariega, entre otras muchas antigüedades. En tal retrato de familia está Manuela en su atavío simbólico de patriota militante. Pero está más viva, más reconocible en su sobrina biznieta.

* * *

Gloria fue del Quito de entonces la singular aventura de Manuela. Bien haría el Quito actual al reavivarla en su verdad y su leyenda. La discreta conmemoración de este Centenario no repararía por sí sola el cotidiano olvido, tanto más olvidadizo cuanto que recuerda, si bien es cierto que al azar y en vaga recordación puramente nominal, otros nombres de mujeres, puestos al voleo en Colegios, Escuelas o Asociaciones, sin precisar esas vidas menos conocidas, o más dudosas aun frente a escrúpulos moralizantes.

En cambio España, —por medio de su magnífico vocero de glorias hispánicas: la bellísima Revista "Mundo Hispánico",— trajo hace poco, en su número 37, medallones de las DIEZ más célebres mujeres de la Hispanidad. Manuela figura ahí, junto a la admirable mexicana Juana de Asbaje, junto a la limeña Santa Rosa de Lima, junto a la castellanísima Santa Teresa de Avila y otras siete mujeres trascendentales. Y bien hace la Madre Patria en hacer suyas tales figuras americanas como hacemos nuestras a las grandes mujeres españolas, pues que unas y otras vienen de la misma ínclita progenie.



x A Sebastián de Benalcázar y a su Ciudad quiteña

Sebastián de Benalcázar, ese señor de siglos,
aquel que hizo la Historia en nombre de Pizarro,
un día de aventura, sin miedo a los vestiglos,
se trepó por América, fundió sangre en el barro,
y, cual si fuera poco a su ambición inmensa,
tremolando en el mástil de la crin de su alano,
algo que fué bandera del oro americano,
se llevó sollozando: la llave y una trenza

La "Llave", es el recuerdo, el símbolo sagrado,
de una ciudad que acuna las fuentes de la Historia,
es la clave que sirve sólo para un candado,
es cayado, y es cetro, y es símbolo de Gloria

Pero, más que todo esto, al llevarse la trenza
que otrora tremolaba en la incaria realeza,
se fué llevando el alma de una ternura inmensa
y el signo de la vida de otra naturaleza

Y cuando tus caballos se treparon a Quito,
tierra de Rumiñahui y cuna de Atahualpa,
era orgullo tu nombre, era voz y era grito
porque en la Cruz tenías la gloria de tu espada

El indio americano, volvió al Sol, defraudado,
la Conquista de sangre era todo un ciclón,
los volcanes gritaban su horóscopo amargado
y a la Reina de España saludaba Colón

¡Pobre América nuestra!, sufrida en la Esperanza
de que los que se fueron puedan volver, quizá
¡¡¡Ellos dieron su sangre, su amor y su pujanza
y en los surcos del alma España viva está !!!

Y Quito, milenaria, la Ciudad que es cimera
de todo el idealismo, y la fraternidad,
siendo el centro del mundo, es la dulce frontera
y el escudo y bandera de la Patria inmortal

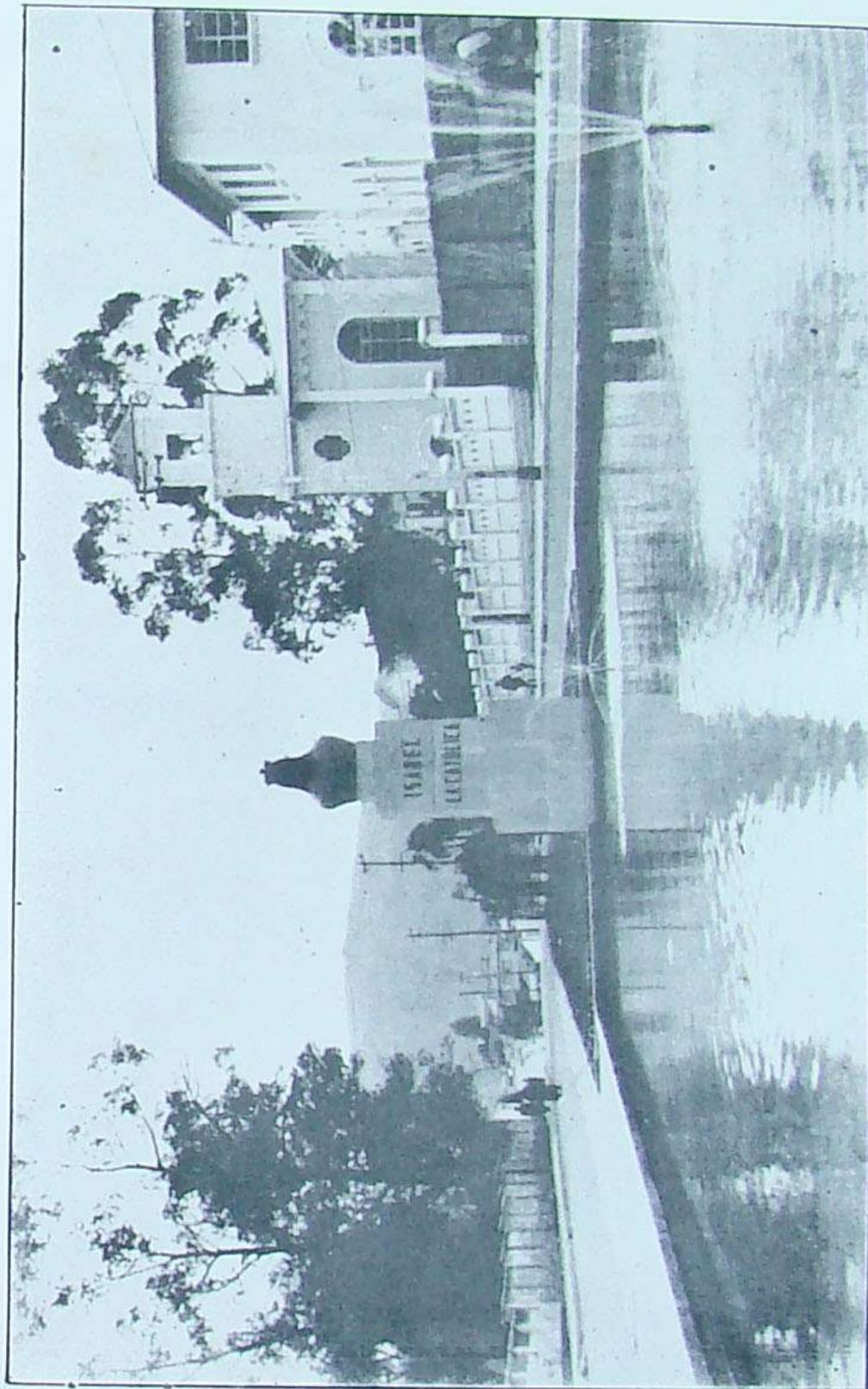
Era un Seis de Diciembre Benalcázar sabía
que en las tierras de América el sol de la Conquista
era lumbre de génesis, de amor y bizarría
y Dios lo besaría al pasarle revista

Porque, Dios a los genios, a los que fueron hombres,
los tiene a su derecha, los mira y los bendice,
complacido los llama y confirma sus nombres,
mientras Luzbel se inflama y Caín los maldice

Tierra del Shiry, tierra de todas las dulzuras,
del encendido verbo y el patriótico grito,
eres cuna de bardos, de Santas y esculturas,
genio del heroísmo pasando al Infinito

España Americana, suelo en nueva Castilla,
si ayer te conquistaron por la espada y la Cruz,
tienes a flor de labios, como una maravilla,
el grito de los libres, el grito de la Luz

Benjamín Ruiz y Gómez



Monumento a Isabel La Católica inaugurado el 18 de Julio de 1956

Discursos pronunciados en la inaugura-
ción del Monumento a la Reina Isabel
la Católica, el 18 de Julio de 1956

El Sr. Du. José Rumazo G., Director del
Instituto Ecuatoriano de Cultura Hispánica



Señores:

A Reina Isabel la Católica está de huésped en San Francisco de Quito. La Reina en efígie se queda entre nosotros. Allí tenéis su rostro que mira hacia occidente, como si con la mirada apartase la mole del Pichincha y contemplase el mar océano, que hace cuatro siglos y medio surcaron por primera vez las naves españolas. Está la Reina como en los tiempos de plenitud, cuando ella a los

cuarenta años se sentía adueñada de su destino, gobernando su alma y gobernando sus reinos. Los tiempos en la historia se dividen en jornadas y aquella de fines del siglo XV la estamos andando todavía. Ella, Isabel, decidía por inspiración, por lúcida y repentina interpretación de la historia, como si el alma de España y del mundo le cantara al oído lo que tenía que hacer. La verdad del alma es ciencia sin error; ella con discreción de espíritu, con genialidad del corazón siempre tensa hacia la empresa inaccesible, fundó primero en España una nueva España, unificando a las gentes en un solo reino, en una sola fe, en una sociedad nacional inquebrantable, y luego, desde Santa Fe, desde aquella cámara de adobes sin alcatifas ni tapices sobre el muro, desde aquel recinto pobre y escueto y por ello más solemnemente imperial, envió a Colón a la soñada frontera de tinieblas, a la soledad remota y transparente, de amenas auras, vestida de azul y de quimera.

Está aquí la Reina de cuarenta años, edad de cumplimiento y perfección vital. Adivinamos por su busto que es de mediana estatura; recordando a Fernando del Pulgar sabemos que es: "muy blanca e rubia, los ojos entre verdes e azules, el mirar gracioso e honesto, las facciones del rostro bien puestas, la cara muy fermosa e alegre." Está aquí Doña Isabel en la edad del descubrimiento, está en 1492, con los mismos años que entonces tenía el Almirante Colón, el de la otra genialidad, la de la obstinación.

Colón ha sido tratado de visionario por la Corte de Portugal; su carabela ha embarrancado en Palos y ha llamado al navegante a las puertas de la Rábida. Tiene Colón un aire de nobleza, un continente solemne, algo áspero, inquisidor y dominante; es su

rostro alargado y enrojece fácilmente cuando habla; sus ojos son pequeños, grises y brillantes, como los de un hombre que lleva dentro una visión fascinadora, las canas ennoblecen sus sienes y parece más viejo, discute en la Rábida, en Córdoba y Santa Fe con teólogos y cosmógrafos sin ceder una pulgada de su sueño y repite para sus adentros aquellas palabras de Isaías: "Cuando pasares sobre las aguas Yo seré contigo." Y habla por fin a la Reina de Catay, de la isla Antilla, de árboles paradisíacos con pabellones de azuladas sombras junto a doradas orillas, de la canela y el cinamomo, la nuez moscada y el clavo, el mirabolano y la pimienta de granitos rojos y de las serpientes de plata con visos de cristal enroscadas en los tallos, las que levantan sus cabezas triangulares al son gemebundo del pífano. ¡Oh! si él llegara allí . . . porque toda aquella naturaleza está en hechizo y él tiene que desencantarla. Y habrá riquezas tantas como para recobrar y conquistar el Santo Sepulcro de Jerusalén. Poned pausa al sueño Pero la Reina con sus pensamientos del corazón sigue creyendo cuando todos dudan y a pesar de que el Rey mismo parece repetir el argumento que ha venido arrastrándose por las antesalas de los Consejos desde hace siete años: "¿Pues no dicen que es locura lo que cuenta ese hombre? Locura, el visionario Mas a Doña Isabel le parece que hay mucha verdad y no sólo fantasmas en las visiones de este visionario y dice al Rey: "Hacedlo por Castilla. Que la navegación no sea empresa de otro Rey. Hacedlo por esta España que acabáis de fundar. que haya otra España, otras múltiples Españas derramadas por toda la faz del planeta." La Reina se ha alzado de su asiento. Viste sencillamente, casi humildemente su brial y sus tocas que le ocultan la frente y dan una sombra pálida a sus ojos.

Y mientras reafirma esta portentosa Señora temblándole la palabra en el labio "será" "se hará", se ha iniciado la Edad Moderna del mundo y ha proclamado ella su maternidad de América.

A Pedro de Margarit se le pregunta por qué es tan adicto al proyecto colombino y él contesta poéticamente: "porque jamás he visto nada en el mundo que sea hermoso y que no sea posible." Todos están iluminados por el fervor de la Reina.

El Tesoro Castellano ha quedado agotado por la guerra granadina; el Rey Fernando no se decide a poner en riesgo el erario aragonés. Recelos, regateos y la Reina que exclama "No expongáis el tesoro de vuestro reino de Aragón; yo tomaré esta empresa a cargo de mi Corona de Castilla y cuando esto no alcanzare empeñaré mis alhajas para acudir a los gastos."

Ella cree que está haciendo obra de Dios en este mundo, como lo creyó en enero de ese mismo año 92, cuando arrojó a los moros de España. Se suscriben las capitulaciones el 17 de abril del mismo 92 en Santa Fe.

Dos semanas antes se publicaba a son de parche y grito de trompeta el Edicto de expulsión de los judíos; éstos debían abandonar España en el plazo de tres meses. Colón de regreso a la Rábida los encuentra en caravanas por los caminos. Por ellos desfilan tropas de sastres y tundidores, zurradores y especieros, buhoneros, curtidores, sederos, plateros y tantos otros, con el cabello sudoroso pegado a las sienes, el baladrán ancho desteñado y las babuchas rojas empolvadas. Salían de España en número de más de 200.000.

El que se llama Almirante está ya en Palos entre sus amigos los Pinzones, y en el puerto la Capitana, la Marigalante o Santa María, la de Juan de la Cosa el cantabro y es esta nao mayor de tres

mástiles, velas redondas, castillete de popa y sollado. Y allí está la Pinta de los Quintero, la carabela de velas latinas con tres palos y en el mayor la cofa y el juanete, con castillo de popa, muy velera y andadora, la más fina de las que se ven en el puerto; y allí por fin la Niña de San Juan Niño de Palos también carabelas de mástiles cortos sin juanetes ni gavias y de velamen redondo. Ochenta o más toneles desplaza cada nao. Y esto es tentar a Dios, tratar de buscarle sus secretos. Y nosotros sabemos que entre esos secretos están también muy lejos y para más tarde éstas tierras de altura, éstas serranías de Quito. "No ha pasado nadie allá", murmuran con terror las gentes y estas palabras casi hacen retroceder a los que van inscribiendo su nombre en el rol de la tripulación. Pero todos ellos son españoles y como aquel único sobreviviente de una batalla de esos tiempos a quien le preguntaron: ¿cuántos érais? y él respondió: Contad los muertos. Todos yacían en el campo de combate, cada cual en su lugar. La Reina Isabel inspira desde lejos este coraje a los que van a embarcarse. Y era de ver cómo se formalizaban los acuerdos y se adelantaba la recluta con aquellas voces que Martín Alonso daba en la mitad de la plazuela del sol y en el puente de los espigones: "Amigos andad acá, idos con nosotros esta jornada. Haced amigos esta jornada que, según fama, habemos de hallar las casas con las tejas de oro e todos vernéis ricos e buena ventura."

El día en que Colón arribaba a la primera playa, aquella de la islilla de Guanahani el 12 de tal octubre, los Reyes en Barcelona estaban, y quizá la Reina, en la noche apacible en el lecho de amaranto, debajo del dosel dignificado por las cuatro barras catalanas sobre campo de oro, cuando no se oía ni un susurro humano y sólo esos sutilísimos suspiros de la noche con que cruje el roble de un mueble o se agita

invisiblemente un cortinaje, quizás entonces ella medio dormida, medio despierta a esas horas de la madrugada de aquel 12 de octubre, a la distancia de cien meridianos; mas por divina comunicación, sentiría que algo extraordinario acababa de ocurrir, algo que era el sino y el por qué divino de su reinado. Oh si que de tal lejanía de miles de leguas uno como fluido inmaterial le está llegando. Y le dá un vuelco el corazón y escucha como en sueños una voz remota como de gemido o alborozo que repite, ¡tierra! ¡tierra! y la Reina se santigua y abre en la oscuridad sus ojos azules y soñadores. Tierra y es también esta tierra, por eso aquí os quedaréis, Señora, residiendo en esta tierra, en vuestro sueño, en estos altos parajes donde las gentes son también nobles de ánimo y tienen sus razones de corazón para admiraros y rendiros homenaje con palabras, flores y sentimientos de siglos y para siglos. (1)

(1) Ricardo Majó Framis.—“Tanto monta” Caps. XXIV y siguientes. W. T. Walsh.—“Isabel La Católica”.—Caps. XXI y siguientes. César Silió Cortés.—“Isabel La Católica”.—Caps. XXXVI.

El Excmo. Embajador de España
en el Ecuador, Don Luis Soler



EAME permitido el agradecer profundamente el rasgo acogedor de este Concejo Municipal al haber recibido en todo momento con tanto entusiasmo y bondad, este ofrecimiento que hice en nombre del Señor Director del Instituto de Cultura Hispánica de Madrid, Don Alfredo Sánchez Bella: el busto de nuestra Isabel la Católica, como donación a esta Muy Ilustre Ciudad de Quito, que tan dignamente representáis, para que perpetuase entre vosotros un gesto que es genio, que es voluntad y que es amor, ante la Historia y ante nuestra común historia. El gesto generoso de esta egregia mujer que su destino y el Destino proporcionó a la humanidad. Este destino que conspiraba a favor de Isabel: la armonía,

el equilibrio sano y noble de su condición, tuvieron por auxiliar a la fortuna. La adversidad, rayana en el abandono y la miseria, fue su escuela y templó su carácter. Es la infantina rural creciendo entre labriegos y yuntas, correteando por las eras de la castellana Arévalo. Entre guarinas y tabardos, con bieldos y hoces, por montes y andurriales, templa su cuerpo adolescente y aferra su alma; así cuando la corona vino a colocársele de suyo en la frente, había ya una frente y una cabeza organizadas y firmes para sustentar el peso de la Corona. Acción, pasión, carácter —la trinidad dramática— alientan esa vida ejemplar de tan recio temple. Imaginación, sensibilidad, idealismo —la trinidad mística— coronan su obra augusta que podría ser como alma de Hispanidad.

Y gracias, también Señor Alcalde, por haber elegido para inauguración de este monumento que habéis revestido con tanta belleza y decoro, la fecha de la Fiesta española, y más aún, que le habéis emplazado en la Avenida que evoca a la villa de Madrid que bien pudo ser lugar del nacimiento —hoy fundadamente se asegura— de la Reina Isabel, Avenida que desemboca en la “12 de Octubre”, de aquel año del 92; éste 1492 que es como un hito en una nueva era: Colón descubre la nueva tierra y Antonio de Nebrija publica su Arte de la lengua castellana, primer código impreso de nuestro idioma. La unidad física del globo está lograda y se afianza el idioma. Y el pensamiento de Isabel, como una rosa de los vientos, se abre a los cuatro puntos cardinales.

Que este modesto busto, ofrenda fundida en el crisol castellano; brisa venida del Guadarrama azul, por madrileño, sea gesto de amor y hermandad en este acto sencillo y tierno, de tan sensible significado, que es como devolveros lo que en vosotros nació en vuestro espíritu.

Vedla aquí bajo el belludo de la doble toca, alto el brial y de corona y manto, en gesto sereno y maternal: madre de Mundos y Santa, por madre, a quien reza Y a sus pies el borbotear del agua que, en su salmodia, es, también, como un rezo. Y como un símbolo: La vida que es un eterno manantial..

Gracias, Señor Alcalde, gracias.

El Sr. Alcalde de San Francisco de
Quito, Dr. Carlos Andrade Marín



Señores:

ESTO amistoso y gentil es el del Instituto de Cultura Hispánica de Madrid, al hacer el obsequio de este precioso busto de la Reina Isabel la Católica a la Ciudad de Quito, que se inaugura en esta clara y soleada mañana de julio.

El sitio escogido para mantener esta efígie y honrarla permanentemente no puede ser más bello y evocador. Aquí, frente a nuestras montañas andinas y en este simpático barrio de La Floresta, que recuerda fechas y nombres gloriosos de la historia

de la Madre Patria, se ve bien la augusta figura de la gran Reina española. Su broncínea y majestuosa serenidad estará desde hoy recordando al quiteño los vínculos indestructibles que le unen con la Nación que tuvo entre sus hijos personalidades como Isabel, quien hizo posible el descubrimiento de América y que se preocupó con vivo interés, de defender lo más valioso de este Nuevo Mundo, su población autóctona.

La erección de este Busto en la Capital ecuatoriana cumple también, coincidentemente, un antiguo deseo del Ilustre Concejo Capitalino cuando, acogiendo una sugestión del Concejo de Lima, de 12 de Octubre de 1952, expresó su complacencia por la resolución de tener, en cada Capital de América, una efigie de la Reina. El Instituto ha hecho posible que ese deseo tenga tan grato cumplimiento en este 18 de julio, magna fecha de España.

El valor que la historia ha conferido al esfuerzo patriótico de Isabel, la primera y única Reina de la Península, es, en destacado lugar, la realización de la unidad española. Princesa de Castilla, ya soñaba con la grandeza de un reino capaz de encumbrarse sobre los demás y hacer oír su voz en todo el mundo que entonces se debatía todavía entre las sombras medioevales. Su matrimonio con Fernando de Aragón, que contrariaba los desorientados deseos de sus mayores, fue uno de los tantos gestos que revelaban su personalidad robusta y dominadora y el desprecio por la corrupción, la venalidad y el impotente vegetar de la Corte en que vivió. Y los hechos comprobaron su visión genial y creadora. Su marido —cuyo nombre brilló ligado al de Isabel— ejecutó en el campo de batalla los planes que realizaron la unión de Cádiz, Sevilla, Aragón, Granada y las demás parcelas que formaron realmente España la Grande. Y para no compartir

la gloria sino entre cristianos, arrojó a los moros del Continente europeo, una vez bien aprovechada su trascendente y siempre viva colaboración en la grandeza española.

Sin embargo, es indudable que a nosotros, americanos, lo que más nos une al recuerdo de la Reina es su inspirada ayuda para volver realidad la locura de Cristóbal Colón, cuando el obsesionado navegante buscaba con desesperanza la mano poderosa que debía empujarle a través de los mares desconocidos para encontrar el Nuevo Mundo. También su juicio sobre Colón y sus fantasías lo forma enfrentándose a la opinión conservadora de todos. Y cuando nadie —ni siquiera Fernando— quiere prestar oídos al navegante iluso, Isabel le escucha atentamente, se interesa por sus sueños, por sus razonamientos geográficos tan abstractos y por su fe de predestinado en “abrir las puertas del océano que estaban cerradas con fuertes cadenas”. Un judío, Luis de Santangel, se encarga de encontrar el dinero y al conjuro del poder Isabelino, Colón pone pie en la Hispaniola y amarra su nave al ceibo que todavía muestra su tronco en las márgenes del Ozama.

Y cuando empieza el sufrimiento de los indios de América, cuando Colón lleva su primer cargamento de vida para la esclavitud, Isabel ordena que sean devueltos libres a su tierra. Y cuando ya en trance de muerte se informa de los abusos de encomenderos y flamantes capitanes de la tierra, ella condena y manda, con orden real, que los indios sean reconocidos y tratados como personas, palabras que todavía, en el siglo XX, tienen valor en América.

Isabel forjó pues la unidad española, dió un Continente más al mundo ibérico y colocó su nombre

junto al más grande imperio de su época, tal como concibió su destino.

Fue grande en sus virtudes, en sus concepciones y en sus obras. Y fue grande también en sus errores, como aquel de la Inquisición que tanto dolor y muerte causó, sin razón valedera alguna. Su voluntad de hierro no permitía discusiones ni en lo uno ni en lo otro.

Isabel de Castilla, Isabel de Aragón, Isabel de España, es también Isabel de América. Y por esto el busto de Isabel la Católica se yergue, como en tierra propia, en este rincón quiteño, en tierra americana, la más fiel a la tradición de antaño y que más cuidadosamente guarda su personalidad de ciudad casi castellana.

El Instituto de Cultura Hispánica de Madrid, por la amistosa voz del Embajador Sr. Dn. Luis Soler y Puchol, acaba de entregar este símbolo glorioso de la Reina que iniciara la Edad Moderna en la tierra. Como Alcalde de San Francisco de Quito y en nombre de este pueblo, recibo el valioso presente y rindo emocionado tributo a la Madre España y a sus eternos valores.



Discursos en el homenaje a Gonzalo
Zaldumbide, el 1.º de Agosto de 1956

✓ El Dr. Galo René Pérez



BIEN se me alcanza que esta pública adhesión a Gonzalo Zaldumbide, a la que todos hemos comparecido con inspiración natural y espontánea, no acuerda con su manera íntima de ser, tan opuesta a la notoriedad vocinglera y el elogio. Su obra literaria, la más única en el apostolado de la crítica ecuatoriana, no ha menester el diapasón ditirámico, menos persuasivo mientras más perentorio e insistente. Su señorío en el solar de la lengua castellana es tan legítimo y tan cierto, que las páginas de Zaldumbide no necesitan que andemos postulando adeptos, y ninguna hirsuta

fiscalía podrá atreverse con ellas. Pero algo ha conspirado tal vez, ha conspirado sin duda contra la serena y tranquila posesión de su gloria: mientras ella se ha decantado lejos de los horizontes patrios, logrando fianza de perduración y universalidad, aquí, en el hondón de su tierra nativa, una crítica de tercera clase, subvertora de la dignidad y la honradez, ha buscado la bohemia y falseamiento de los juicios, proclamando la autoapoteosis como norma, consagrando valores accidentales, caedizos al movimiento de los días, extrañando de la escena literaria nombres como el de este maestro a quien nosotros hemos obligado a abandonar su noble y solitaria intimidad, para protestarle toda afección y fervor. Así él advertirá que también los nuevos volvemos los ojos hacia su bandera orientadora, que navega en la altura movida por un aura de eternidad.

En un medio en que la vehemencia lisonjera ha suplantado a la crítica, Zaldumbide ha mantenido indemne su probidad, como bajo la admonición agustiniana de que la lengua servil es más nociva que la mano del verdugo; en un lugar en el que cada grupo literario es una plaza fuerte donde hay que zaherir al que no está adentro, él preserva la lucidez de su juicio, su gusto de la libertad, de la admiración y la reflexiva tolerancia. Bajo la atracción de su mayéutica, no hay secreto poético que no sea sorprendido, no hay magia que no se desvele, no hay dialéctica íntima y sutil que no se nos muestre, no hay hermeticidad que le sea de veras inviolable. Recordemos, sino, la "Carta a Lizardo", del Padre Juan Bautista Aguirre, extraviada de su destino de gloria por más de dos centurias, que sirve a Zaldumbide para ejercitar de modo incomparable aquellos dones penetrantes de la exégesis. Sus ensayos sobre Rodó, Montalvo, Villarroel, D'Annunzio y Barbusse corroboran la afirmación de esta doble

virtud de perspicacia y austeridad. Legítimo, pues, el éxito conquistado por este nuestro maestro; y sobre ser legítimo, arduo y heroico, por haberlo forjado entre las asperidades y desengaños de esta suerte de apostolado. Bien se ha aludido a que Sócrates, por haber sido el padre de la crítica, ¡y en Atenas, no obstante ser Atenas!, se vió precisado a apurar la cicuta.

Aquellos que tenemos el deleitable privilegio de frecuentar la amistad de Zaldumbide, sabemos cómo es su espíritu: diáfano, aireado, libérrimo. En él, la imagen del mundo no se nubla de pasiones espurias. Alfonso Reyes, ese otro varón socrático, le dice, en carta de estos días: "usted es, Gonzalo, uno de los productos más cabales de nuestra civilización."

Oídló bien, que quien lo afirma es el mayor escritor y humanista de nuestra América. Pero como Gonzalo Zaldumbide —he de insistir en ello— no gusta del ruido y el vaniloquio de la apología, debo inhibirme de agavillar aquí cuantas apreciaciones laudatorias ha ido despertando su obra.

Mi presencia en este homenaje, como vocero de algunos escritores ecuatorianos, tiene otra finalidad que cumplir: he venido para saludar la aparición de su "Egloga Trágica"; y no sólo para eso, ¡ay!, sino para anticipar su defensa ante aquellos en cuyas manos la pluma se trueca en arma de negaciones y rencores. Ya los imagino acopiando observaciones insidiosas porque el autor de esta novela de los campos no se somete a las pardas consignas de su política partidaria, ni sus páginas devienen hoscas y abigarrados pliegos vindicativos cuya insincera garrulería a nadie convence. Zaldumbide no es, no puede ser, de aquella farándula literaria que ha hecho del pobre indio, no bandera de auténtica liberación social, sino señuelo de espanto y novedad

para lograr éxitos afuera, aún con desmedro del carácter nacional. Su "Egloga Trágica" está muy lejos de la fermentada y monofónica expresión de nuestras novelas de indios. Ni los dones formales la emparentan con ellas. Difícilmente se encontrará en nuestras letras un escritor con más voluntad e inspiración de estilo. Su limpidez idiomática, en la que el vocablo comparece con toda la gloria de su pureza, jamás podría unisonar con la ramplonería verbal de aquellas novelas, cuya jerigonza es el congruo idioma común de autor y personajes. En su prosa, armoniosamente clausulada, se conjugan la precisión y la gracia, la emoción y el esfuerzo intelectual, el arrebató y la conciencia vigilante. Por eso es lo que es el estilo de Zaldumbide.

"Egloga Trágica" es novela inspirada en las emociones del regreso al solar nativo: cuánta acedada confianza hay en la demostración de que las cosas que fueron más queridas en los años de la infancia, y que aún permanecen, aparentemente inmutables, en la geometría del espacio, ya han desvanecido su sortilegio en la onda presurosa del tiempo. Trae en su primera página la siguiente leyenda: "a los árboles de Pimán, lejos de su sombra". Y aquellos árboles —compañeros fraternales de otrora, y hoy graves y austeros en su descomunal estatura—, cobran vital categoría en los mejores cuadros de la novela.

Y si bien toda ella brinda un grato sabor a terrazgo, Zaldumbide no se detiene en la simple descripción del paisaje, sino que lo hinche de hálito vital y lo envuelve en la cadencia emotiva y prosódica de una verdadera rapsodia geográfica. Güiraldes con sus pampas, Gallegos y Rivera con sus llanos y sus selvas, Zaldumbide con la hurañía de sus páramos y el misterio de sus breñales y cañadas, nos han entregado en decantado lenguaje poético la imagen pluricolor de nuestro continente.

Celebro, pues, las bondades de esta obra maestra, en la que, según la encarecida norma de Flaubert, no hay nada de gritos, nada de convulsiones, sino únicamente la fijeza de un rostro pensativo.

Que mi saludo la acompañe en su viaje hacia las claridades del futuro.

X
Al Sr. Dn. Carlos Manuel Larrea



ARA hablar dignamente de Gonzalo Zaldumbide, de la obra literaria del más grande escritor contemporáneo en nuestra Patria, sería preciso poseer las dotes relevantes que él mismo tiene como insuperable crítico de las bellas letras y dominador de la lengua de Cervantes.

Pero no se necesita ser experto en manejar los pinceles para contemplar y extasiarse ante una obra admirable de Rafael o del Ticiano, de Tintoretto o de Velásquez; no se requiere la maestría en el cincel que transforma el duro mármol en carne palpitante para gozar con la visión de una estatua griega o una escultura de Bernini o de Rodin; ni es indispensable ser dueño de los secretos de la composición musical, para vibrar con las armonías de un Beethoven, un Bach, Mozart, Haydn, Chopin o Debussy.

Para tener corazón, sentir las emociones íntimas que produce la contemplación de la naturaleza y saber penetrar en el abismo insondable del alma para ver en ese misterioso océano interior del hombre agitarse grandiosas las olas de sentimientos y pasiones, de nobles pensamientos y aspiraciones de infinito, bastan para poder apreciar la obra maestra del literato y del poeta.

Obra maestra aquella que conmueve las fibras íntimas del alma; aquella que hace palpitante el corazón con fuerza, que eleva nuestro espíritu a esferas superiores y que refleja de algún modo el indescifrable misterio de la belleza.

Obra bella la que pinta con vívidos colores la hermosura de campos y montañas, el grandioso espectáculo del cosmos que rodea al microscópico ser humano, más grande, sin embargo que todo el universo, por estar dotado de un espíritu capaz de escudriñarlo, de subir con el pensamiento hasta la fuente inexhausta de toda hermosura, de elevarse hasta Dios, el soberano bien, por la contemplación de la obra de su omnipotencia.

Excusable, pues, que quien ha consagrado la vida al árido trabajo de la investigación bibliográfica, a la paciente labor de descifrar viejos documentos y resucitar muertas civilizaciones por los míseros restos arqueológicos ocultos bajo el polvo de los siglos, al deleitarse en la lectura de un libro como "Egloga Trágica", se atreva a expresar, con admirativo entusiasmo, algo de lo sentido al recibir ese como baño de estética fresca y percibir la música sonora de una prosa que es poética armonía.

Otros hablarán, al comentar el libro de Gonzalo Zaldumbide, del valor literario en el plan de su relato; críticos autorizados analizarán la excelencia del lenguaje, la justeza y precisión de los términos, la tersura del estilo. Para mí, "Egloga Trágica" es

música incomparable de palabras, haz de profundos pensamientos que hieren las fibras más delicadas del corazón; y en sus seductoras páginas veo el retrato del espíritu noble y generoso, refinado y grande del Autor.

Porque si "Egloga Trágica" no es autobiografía completa, es sin duda alguna, conjunto de memorias e impresiones imborrables, reminiscencia de sentimientos experimentados hondamente, recuerdo de emociones resucitadas al conjuro de nombres y paisajes velados por el tiempo y el alejamiento.

Al recorrer, con apasionado encanto, esas páginas de diáfana claridad, henchidas de ternura viril y de hondo sentimiento, parecemos escuchar la confidencia íntima del entrañable amigo; no podemos imaginar que haya algo de ficción en el relato sincero del bucólico drama, en la expresión de pensamientos y reflexiones brotadas de la más honda entraña al retornar, al cabo de largos años de ausencia, a la antigua hacienda familiar; a la casa solariega donde transcurrieron años dichosos de niñez y adolescencia.

La sombra de la madre y hermana ya desaparecidas, el vacío dejado por esos amados seres en la inmutable permanencia de las cosas muertas, la desolación al no hallar vivientes, quienes lo animaban todo con su existencia, la sensación de extrañeza al contemplar los cuartos, alfombras, muebles, retratos y cosas ya olvidadas, tales cuales en otro tiempo fueron, cambiadas, sin embargo, más que por el transcurso de los años, por la transformación del ambiente y el vacío dejado por los que partieron para siempre, son impresiones de un realismo palpitante que conmueve hasta apretarnos la garganta y humedecer con lágrimas los ojos.

Obra de arte la que así nos emociona haciéndonos participar de una vida intensa, amplia, variada, dentro de un cuadro sobrio en que pocos personajes,

caracterizados admirablemente, se mueven con naturalidad y lógica y van tejiendo la trama sencilla y pungente, dolorosa y amarga de la tragedia.

El romántico desenvolvimiento del amoroso idilio, de la férvida piedad convertida luego en pasión tierna y callada, se opera en el propicio ambiente de "El Pinar" con su agreste paisaje de contrastes múltiples y nos hace vivir y sentir la dulzura del deliquio amoroso, —"L'Amor che muove il Sole e l'altre stelle", como dijo el Poeta—; nos muestra impresionante la sombría tempestad de los celos y el cruel desenlace trágico, intenso y violento.

Con arte primoroso y paleta brillante pinta Zaldumbide el teatro de la "Egloga Trágica": el horizonte vasto y luminoso, el oasis de la vieja hacienda, las dehesas y sembríos enmarcados en las agrestes lomas, desérticas llanuras sitibundas y ásperas quebradas y montañas. Y con su estilo, que ha sido comparado a "una malla de música y de luz", nos hace ver el panorama melancólico del páramo, el manto pardo de laderas y áridas colinas, la extensión ilimitada de los campos silenciosos, la frondosa arboleda del parque, describiendo todo con minucioso detalle y exacto colorido.

Pero nada iguala al apasionante sondeo de la propia alma. La introspectiva visión del contemplativo perspicaz y sensible, que con cierta mística emoción procura penetrar en el más recóndito pensamiento, —como lo hacía Sócrates, ansioso de conocerse para hacer acopio de experiencia— si envuelve al corazón en un hálito de melancolía, eleva el espíritu a regiones superiores. Atenaceada el alma por descubrir la verdad, abandona en la meditación la esfera material del diario vivir y penetra en los arcanos de la existencia, más oscuros aún que los de la muerte: El anhelo de felicidad que encuentra a cada paso los escollos del dolor y de la

pena. Las nobles aspiraciones del alma que se estrellan contra las duras rocas de la pasión. Pero en esa lucha del pensamiento por resolver los graves problemas de la existencia, halla el hombre el camino de su destino. Mirándose a sí mismo y a fuerza de reflexionar, se ensancha la concepción general del mundo y vislúmbrase el verdadero objeto del breve paso del hombre por la tierra.

Los hombres de genio nunca pueden medir enteramente el alcance de su obra. La novela de Zaldumbide, escrita hace muchos años, la leemos ahora, por lo menos quienes conservamos el gusto por lo verdaderamente bello, con placer y con encanto. "Egloga Trágica" marca una época en la literatura ecuatoriana. Es por su belleza, la obra que uno quisiera haber escrito. Dentro de lo efímero y vano de todo cuanto sobre la tierra existe, la obra y el Autor tienen asegurada lo que, acaso ambiciosamente, llamamos inmortalidad.



El Sr. Concejal Dn. Jorge Fernán-
nández, Presidente de la Comisión
de Educación del Ilustre Concejo



A lectura de "Egloga Trágica" repuso en mí la sensación de rubor que la observación de los hechos contemporáneos causa al espíritu. El mismo autor, antes de decidirse a la edición de la obra olvidada, parece haber sentido cierto desacomodo y se ve obligado a explicar, innecesariamente creo yo, de ser la acción puramente imaginaria y de que la novela "no ha sido retocada para volverla mejor, ni al darla a luz tal cual fue concebida y escrita en su día" ha llegado a creerla perfecta.

La "confrontación" final de Gonzalo Zaldumbide y la entraña de su fábula, es, justamente, la actualización de un conflicto que no solamente padece él, pues es fruto abrupto de un estado de cosas ambiguo y desilusionante.

De la época en que fue escrita a nuestros días la faz del mundo se ha trocado; los dos retratos en su molde externo son irreconocibles: apacible el uno, arduo el otro. Dos guerras, monstruosos ensayos de despotismo y la glorificación de la victoria de la tecnología es el abismo que las separa. Pero uno se pregunta, en el camino de tal aventura ¿cuál el lugar asignado al hombre?

Ha sido tratado como ser simplemente digestivo; y en el nombre de los derechos a su alimentación que al final no le ha sido dada en porción justa, se han preconizado las mayores mentiras de la historia. Y amortajados en tales mentiras, decenios llevamos ya evadiéndonos de la verdad, buscando fórmulas de solución, pretendiendo acomodar al espíritu en órdenes distintos a los de sus propios signos y al cuerpo en cantos ajenos a los de su propia sangre.

No oculta su inseguridad Gonzalo Zaldumbide al lanzar, instado, su novela, pues esta cosa de la "modernidad" tiene acentos que a todos lleva perplejos: pasión hacia la desventura por huir de lo que depositó el terror en las almas después de las repetidas cosechas de la muerte; a lo que arrojó en inseguridad al hombre sometido a las humillaciones de las trincheras o de los bombardeos aéreos; a las abyecciones postradoras del totalitarismo. Esta modernidad nuestra ha consistido, al fin, en atropellamiento, audacia, precipitación.

Perdida la seguridad en los años, la confianza en las formas del futuro, el hombre volvióse conquistador de sí mismo, de la hora cualquiera que vivía, como la única hora buena, pues lo demás parecía librado a las entrañas de la decepción y la crueldad.

Cómo nos han agobiado esos gritos de corrupción desde Roma, Berlín o Moscú lanzados por quienes

han enfermado la moral pública; también volteó la esquina de los mares para aposentarse en nuestros ámbitos este irritado prurito de dominación, de histeria mesiánica, salpicando de sangre y de mentiras públicas el rostro americano.

Esta época como que se hubiese dispuesto a todos los ensayos; triunfa admirable culminando en el alumbramiento de una nueva edad, al término de esto que será los dos mil años de cristianismo, entrenado aún a tientas y temerosamente en la edad atómica. La victoria de la ciencia y la técnica, no se ve aún acomodada con una victoria del espíritu, traducida en justicia, ética y libertad para el individuo.

Comprendo que Gonzalo Zaldumbide, al retrotraer la sensibilidad de la época en que escribió "Egloga Trágica", y al darla a una curiosidad hecha a otros síntomas y debilidades cuarenta años más tarde, haya sentido la presencia roñosa y áspera de las diferencias.

Mas encuentro que llega a un punto la novela, adornada con el milagro de su estilo, cuando buen tiempo es de dar otros jugos para alivianar y humedecer los sentidos. Los ensayos filosóficos de estas décadas, los ajetreos de la plástica, toda la insatisfacción de los "ismos" literarios, han ido tras de vanas definiciones; el conflicto residía en que siempre se quería "salir de algo", evadirse, huir, y no llegar. No se iba, en definitiva, tras de una verdad, de una conclusión, de un signo, sino al galope hacia el azar y lo desconocido para librarse de la angustia.

También el amor deshízose de su otra esencia para ser embriaguez y urgencia, carne y superficie. Se ganó el día o se ganó la noche, para dejar al mañana, a las voces y las canciones del mañana, solamente lo que restaba: incertidumbre.

Claro está que no cuanto hace el hombre va perdido. Y aquí digo que "Egloga Trágica" viene casualmente al compás de la necesidad de hoy de dar al alma el acento que andaba oscurecido: la armonía. Lo que permanece a través de las edades, de los miles de años del tráfigo humano, tiene de esa virtud simplificadora e iluminada. Lo demás ha muerto y seguirá muriendo. Vuelve Pericles, o se repiten las palabras de Lincoln para enriquecimiento de la dignidad del hombre en el espacio democrático, a medida que piérdese en abominación el antiguo y nuevo delito del despotismo. Vuelve la necesidad de la verdad, del respeto al ser. Vuelve cuando padecidamente siéntese una especie de reencuentro del romanticismo.

Acaso en muchos rostros dibújase la risa suficiente o despectiva que durante la edad de las guerras mundiales, del fascismo, de la tecnificación, produjo la palabra "romántico"; lo noble ha sido ser brutal, avieso e impúdico que no honesto; la mentira política tiene privilegio sobre la Ley. Creo que durante años no se ha pronunciado la palabra romanticismo; decir de un escritor o pintor, "ese es un romántico" era como anonadado para siempre; amar "románticamente" era como perder los dones de la amada.

No pretendo empadronar en escuelas literarias a "Egloga Trágica"; no se sorprenda Gonzalo Zaldumbide de que mencione paralelamente a su obra esta rememoración del romanticismo. No me he preocupado de lo literario, sino de lo ótro: la posición del hombre frente a la vida, búsquese ya sea justicia, paz, libertad, amor o la estética del arte.

Cuanto ha donado de nuevos motivos o superado a la civilización para el servicio del hombre tiene en su raíz una virtud romántica; traigo aquí la expresión de un escritor representativo de la nación acusada de materialismo grueso y grotesco, del

norteamericano Jaques Barzum. Los romanticistas del siglo 19 dice él, en su obra monumental "Berlioz and the Romantic Century", "no eran los escapistas sentimentales que los modernos realistas han pintado, ni eran las criaturas del caos que los admiradores del clasicismo describen. Eran ellos idealistas e individualistas tratando de construir un mundo nuevo después de la caída de Napoleón, señalada por el colapso del viejo. Romanticismo implica no solamente riesgo, esfuerzo, energía; implica también creación, diversidad, genio individual. Por esto es que América (habla de los Estados Unidos) es la tierra del romanticismo por excelencia, y por qué su gran filósofo, Henry James, plantea la doctrina en su pleno contenido, en oposición a todos los límites del clasicismo y de lo absoluto."

Para mí que estamos terminando una época; la de estas dispersas formas del napoleonismo encarnados en las dictaduras individuales y colectivas que han azotado nuestras vidas. Todavía el cuerpo de muchas naciones siente el látigo de sus impiedades; todavía su brutal concupiscencia se envanece de sus mentiras; pero han sido ahogados esos mussolinis, hitleres y perones y así se borrarán de la pesadilla contemporánea los que restan. Aun Stalin ha sido repudiado en la propia esfera de su crimen por los propios actores de su mal.

Aparentemente he ido muy lejos de "Egloga Trágica"; el libro de Gonzalo Zaldumbide que despierta después de cuarenta años de timidez de su autor me lleva, a mi vez a la "confrontación" de mis sentimientos. Mejor dicho, los ha iluminado.

Explicando "su" tiempo, a modo de excusa por la emisión de su obra, Gonzalo Zaldumbide dice en la "confrontación" suya. "Eramos entre eclécticos y escépticos. Parecíamos no haber "verdades" sino variedades e ingenios diferentes, equiparables sólo

en el arte de bien decir. Sonreíamos de los categóricos, sin envidiarles su fe imperiosa y sus aires de comando. Tal vez, en el fondo, no habría entre nosotros sino una limpidez que se creía cauta siendo abúlica. Pero practicábamos la libertad y la duda como un placer inteligente y elegante. Los tiempos han cambiado; hoy, al ejercicio del pensamiento, lo han convertido en servicio militar obligatorio, en pro o en contra de una "causa", de un "partido". Quien no es militante, es ahora insignificante."

A la práctica de la libertad y la duda es a lo que nos esforzamos por llegar, con la sola diferencia de que eliminando lo contemplativo de esa época que pudo darse el lujo de la inteligencia por la inteligencia, de la elegancia como un fin, la libertad y la duda aplícase al servicio del hombre, del ausente en el trágico y vasto período de que hemos sido y aun somos testigos y víctimas.

Es obvio que el cruce de los años, la amalgación de experiencias, los símbolos del ser social, nos pongan en discrepancia con lo que de ideas pudiera encerrar e inspirar "Egloga Trágica". Mas, siempre será estímulo creador y abonará dignidad a la humana especie, hecha de sangre, huesos y lodo, la virtud purificadora del amor, la religiosa ansiedad de ser puro. Con que uno lo sea en un grupo, hasta en una generación, en una edad, sálvase el vicio de los demás.

Me conmueve en la fábula de "Egloga Trágica"; la mujer sacrificada para salvar el amor de los hermanos; para no entregarse al uno, al que amaba, no por temor a la tempestad primaria del otro, sino por respeto a sí misma, a la gratitud, al deber. Podía atropellar, gozar siquiera de la noche nupcial, sobre los escombros del otro perdido en la inclemencia de los instintos. Desvaneciöse en el lago, como una

sombra y sin palabras, sin exhibición de piedad ni de sacrificio. Simplemente se fue, por amar al que amaba y por el amor de quien no debía amarla. Sumergió su cuerpo puro en el agua y dejó pura la vida que tras ella debía proseguir.

Es el sentimiento que traduce la obra lo que me ha guiado a estas consideraciones, el significado de una posición frente a la vida, paralelamente a lo que despierta en el espíritu contemporáneo.

Esta antigua palabra de Gonzalo Zaldumbide, no la sola de "Egloga Trágica", sino la de toda su vida, antigua porque se identifica con las raíces del hombre, nos llega ahora como acerbo de fé y dignidad.

El Sr. Guillermo Bustamante



OR fin se hizo realidad lo que tanto habíamos deseado y que insistentemente le habíamos pedido sus migos a Gonzalo Zaldumbide: la reaparición de la hermosa "Egloga Trágica".

Ya la tenemos, pues, en nuestras manos para leerla íntegra y releerla a cada momento, deleitándonos y emocionándonos con su deliciosa lectura.

Este es un acontecimiento merecedor de que se lo celebre con entusiasmo y alborozo.

¿Sabe de antemano el artista, al escribir su obra, el bien inestable que le hace al lector regalándole un mundo de belleza y enseñándole a verla y comprenderla?

Gonzalo Zaldumbide no sólo tiene la prodigiosa capacidad envidiable de crear belleza y de trasladar la belleza natural a la página literaria con los más vivos colores y en las más seductoras actitudes, sino que posee, además, el don especial de despertar amor por todo aquello que ante nuestros ojos inadvertidos vive una vida de excelsitud; pero que, por sernos familiar, nos resulta casi extraña a nuestra admiración, porque las más de las veces miramos sin ver las cosas que nos rodean.

Entre los mejores trabajos literarios suyos, —y conste que absolutamente en todos los frutos de su inteligencia reconocemos esa calidad superior— el preferido por muchos gustos será, sin duda alguna, "Egloga Trágica". En esta bella novela en que el paisaje de nuestras serranías y la vida de nuestros campos palpitan y se descubren en toda su preciosidad y maravilla, y hasta en su cruda realidad, todo habla un lenguaje fresco y elegante dentro de su naturalidad y sencillez. El mismo dijo un día que "la sencillez es la última perfección". Y no se diga que esta perfección en el estilo la ha alcanzado Gonzalo Zaldumbide ahora, en las postrimerías de su vida. Desde antes y siempre, esa ha sido la característica de sus escritos. Probándonoslo está "Egloga Trágica", obra primicial de su lejana juventud.

Si el más pequeño detalle, el rincón más humilde, el hecho más baladí, el más insignificante movimiento del ánimo, la apenas perceptible manifestación del sentimiento, gracias a su sin igual aptitud para describir e interpretar, adquieren sus perfiles netos y su justo valor emocional, ¡qué decir cuando su palabra pinta los sublimes espectáculos de la Naturaleza, cuando se ocupa de idealizar el amor, cuando medita en la tristeza de vivir!

Hay la creencia, casi generalizada, de que quienes viajan al exterior y permanecen durante largos años fuera de su país, al fin acaban por sentir cierto desapego de lo propio. Y claro está que en muchos casos, desgraciadamente, esto se ha confirmado. Empero, nada más inexacto y alejado de la verdad que esa creencia, en lo que ella pudiera referirse a Gonzalo Zaldumbide. Sus prolongadas ausencias del Ecuador, tiempo en el cual se dedicó a cultivar su espíritu con esmero, no únicamente para provecho personal, sino para prestigio también de su misma patria, ya que las naciones, más que por otra causa, alcanzan fama y esplendor por los méritos de sus hijos; esas ausencias, digo, nos han valido en grado sumo para que en cada regreso nos traiga él ávida el alma de lo suyo y de los suyos, y venga con ojos más amantes y con reiterado empeño de volver a ver, más y mejor, las excelencias que le atraen y extasían en su tierra y nos las entregue iluminadas y magnificadas, acaso más, a través de su brillante y certera apreciación.

A pesar de que, en un arranque de modestia, nos ha asegurado Gonzalo Zaldumbide, en alguna ocasión, que él carece del divino don del canto, canto es y apasionante, y música, a veces, arrobadora, esa soberbia prosa poética en que escribe sobre todo lo que es bello y sobre todo lo que es noble, ennobleciendo y embelleciendo él, por su parte, todo lo que escribe. Para cantar así, con esa su palabra

de verdad, con ese su sentimiento enternecido, las mil preciosidades de que todos los ecuatorianos somos dueños, no sólo es menester hallarse en posesión de un gran talento, forzoso es, además, sentirse animado de un hondo, reflexivo, acendrado amor por todas las cosas del solar nativo.

Y Gonzalo Zaldumbide, sin alarde vano, sin escandalosa patriotería, sabe amar, como el que más, a la venerada patria; sólo que él la ama a su modo, y ese principal modo suyo de amarla, —que es también una manera de servirla— consiste en alabar los encantos de sus mujeres hermosas; en proclamar el talento de sus hombres de letras; en embelesarse en la contemplación asidua de sus montañas grandiosas y de sus azules cielos profundos, para, luego, pasar al papel, con pinceladas inimitables, la visión maravillosa, que más que sus ojos vió su corazón.

Bástome leer, con interés creciente, la viva narración de la emocionada y emocionante visita a la acogedora y pintoresca ciudad de Cuenca; saborear, con íntima delectación, cada uno de los capítulos de su sentimental regreso a la, desde entonces, célebre hacienda de sus mayores; y conocer los elogiosos estudios que hace de nuestros mejores escritores y poetas, para comprender que quien exalta y da relieve a los altos valores espirituales de la nación y levanta un monumento lírico a la eglógica belleza del paisaje interandino, en la forma bien lograda en que lo hace Gonzalo Zaldumbide, es porque está reconociendo y admirando con sinceridad cordial todo cuanto le da significación, le confiere importancia y le conquista el ajeno respeto a esta nuestra porción geográfica de la América española.

“A los árboles de Pimán . . .” va dedicada la novela, como si el autor admitiera la existencia de un alma sensible y comprensiva en esos magníficos seres vegetales, que, no obstante su condición, algo

parece que dijeran, de confidencial, en el rumor de su estremecida fronda, y algo, como suavidad de caricia fraternal, pusieran en su sombra protectora. Como cubre, a veces, la tierra un tenue velo vaporoso, así, una discreta melancolía persistente, nacida de lo íntimo de los sufridos personajes y echada afuera, igual que un hálito, circula a lo largo de la obra, como si fuera su propia atmósfera. El pasado, con sus recuerdos que no desaparecen, y, antes bien, salen presurosos al encuentro del que llega, para decirle la amarga verdad, de que la dicha, en su ausencia, se desvaneció como un aroma en la impasibilidad del aire; y el presente, con sus promesas ilusorias para un mañana sin hoy, despertando nuevos anhelos y halagando, con sueños que no se realizan, el ansia, siempre insatisfecha y continuamente renovada, de aventuras y venturas, que alienta en el fondo de todo pecho humano, dan una doble vida a la acción de la novela, que se desenvuelve sugestiva e inquietante, sin dejar entrever el terrible desenlace que se avecina.

No acabaría de enumerar todos los primores que adornan a "Egloga Trágica", para hacer de ella lo que es: un admirable libro de amor y de dolor, de ternura y de angustia, en el que la imagen de la muerte, desde el inconsolable recuerdo "de la madre muerta, de la hermana muerta", pone su nota lúgubre en varios pasajes del relato, para, al cabo, con su final triunfo de siempre, dar remate y solución a la más delicada, a la más impresionante y conmovedora tragedia.

Hoy, que algunos amigos de Gonzalo Zaldumbide nos hemos reunido aquí para este acto de congratulación por la gloria que ha alcanzado en el campo de la literatura, quiero que mi voz sea una más en el coro unánime que le aclame y felicite.

El Excmo. Sr. Dr. U. M. Pérez
Perozo, Embajador de Venezuela



CORDIALMENTE invitado a participar en este homenaje a Gonzalo Zaldumbide, lo primero que he hecho es despojarme de mi condición diplomática, para quedarme así con la única de quiteño por ciudadanía adoptiva. A ella me dan derecho mis largos años transcurridos aquí, entre los cuales cuento los mejores de mi vida, los años mozos, de sueños y esperanza. En el patrimonio espiritual que he venido atesorando desde entonces, registro la amistad que me vincula a Gonzalo como un bien de valor inestimable. Los organizadores del homenaje la han tomado en cuenta, con delicadeza que aprecio. Además, aparezco en el programa de hoy —y lo anoto con humildad— como escritor y poeta. De modo, pues, que para invitarme, aquellos se han fijado solamente en mi triple condición de

quiteño honorario, amigo de Gonzalo y amante de las letras, y han hecho a un lado mi carácter diplomático, por estimar, infiero, que él sobrepasaría el de intimidad del homenaje.

Porque el acto a que estamos asistiendo es íntima y típicamente quiteño; de ahí la parte, aparentemente formal, que lleva el muy Ilustre Concejo Municipal, conciencia y voz de la Ciudad. Y quiteño es el varón del homenaje; y el espíritu generoso en que este último se inspira, no puede tener otro timbre que el quiteño. Con esto quiero decir que el acto ha sido organizado aquí mismo, casi como en familia, sin alardes ni miras de homenaje nacional. De otro modo, seguros pudiéramos estar de que todas las regiones del país se habrían mostrado presurosas en hacer oír en esta sala su voz de afecto a Gonzalo Zaldumbide, la primera entre ellas Imbabura, que en "Egloga Trágica" es luz y poesía. Buena prueba de ello es que, no obstante la intimidad del acto —y por ello su escasa publicidad previa— Ambato viene también a traer su voz congratulatoria a esta sala. En una fiesta a Gonzalo Zaldumbide sería imposible la ausencia de la cuna de Montalvo.

Pero cuando digo que es quiteño el homenaje, no quiero dar a entender que su eco ha de apagarse dentro del marco municipal; por el contrario, convencido me hallo de que él correrá por el país, para salirse al Continente y fuera de éste; no por virtud del acto mismo, sino más bien por la de aquel a quien honrando estamos con afecto. Al decir esto, acaso pareciera que trato de buscarle al homenaje algún sentido de consagración. La palabra asusta, por campanuda; bien sé que el primer poseso de tal pánico es el propio Gonzalo Zaldumbide. Tomar así las cosas sería dar rumbo torcido a la intención de los animadores de la iniciativa. Ni aún el hecho de la participación del Ilustre Cabildo da pie para pensar en ello; porque en el presente caso más bien

parece que la Ciudad, no obstante la intervención de acuerdo, insignias y discursos, se hace más maternal y sencilla al volver al hijo dilecto sus ojos con orgullo.

Puede que haya también quienes vean en esta reunión algo así como un certamen académico, por ser hombres de letras muchos de los que participan en ella, así como también por el lugar en que se lleva a cabo; pero a la vista salta que tal suposición sería infundada, entre otras razones, porque rara vez lo académico va de brazo con la cordialidad, y éste, primero que todo, es un acto rebosante de ella. Además, el carácter académico tendría que manifestarse con discursos largos y pomposos, en que alguien haría, necesariamente, el análisis minucioso de la obra del ensayista, el crítico, el novelista —y por encima de todo el poeta, agrego yo— que es Gonzalo Zaldumbide. Y nada de eso pasa aquí: todo es llano, cordial y sencillo; a tono con la intención de los organizadores del acto y, sobre todo, con el espíritu de aquel a quien va enderezado.

Mas, en lugar de buscarle, ociosamente, posibles interpretaciones a todo esto, bien podría yo acortar el camino diciendo que aquí se trata simplemente de una demostración de afecto a Gonzalo Zaldumbide, por parte de un grupo de sus amigos, entre los cuales se cuenta la Ciudad en sitio de adelante, amén de un distinguido público, no menos amigo de Gonzalo. ¿El motivo de la demostración, si así la llamamos? Creo que buscarlo tampoco sea tarea de mucha importancia; pero como no existe daño en ello, ¿por qué no pensar en una deuda muy atrasada, por lo que hace a la Ciudad, contraída por ella para con el hijo que ha dado tanto brillo a sus blasones? En este caso, Quito puede haber estado largo tiempo en mora, pero reconozcamos que bien valía la pena de su tardanza la moneda de afecto con que está pagando.

De parte de los demás amigos de Gonzalo, ¿cuál podría ser ese motivo? ¿Testimoniar su admiración por él? Esta es una respuesta de fácil ocurrencia, pero que a poco se queda sin sentido, cuando caemos en la cuenta de que muy escasamente lucidos quedaríamos si viniésemos aquí a expresarle como novedad una admiración que es vieja para él de más de medio siglo —calculo yo— y lo que es más, generalizada en dondequiera.

Otra contestación de buena ley para aquella pregunta podría ser que estamos aquí para celebrar la aparición —o más bien, la reaparición— de “Egloga Trágica”. Nos colocaríamos así más cerca de lo cierto; sin embargo, tengo para esto una objeción todavía, que consiste en que yo preferiría decir que en tal caso no debiera tomarse la celebración por homenaje al autor, sino más justamente como desagravio a la criatura, por el largo abandono en que él la ha mantenido. Y no le arriendo las ganancias cuando el libro haya circulado debidamente, pues mucho me temo que, con el coro de alabanzas que es de suponerse ya, él ha de oír también duros reproches por aquel olvido.

¿Ha habido en esto vanidad de padre que se muestra renuente a presentar a su hija en sociedad, por desconfianza en sus gracias? El propio Gonzalo confiesa en las últimas páginas del libro: “Habiendo sido el primero en no atribuir durante tantos años mayor importancia a esta obrilla juvenil, nadie podrá tacharme de intrépido ni presuntuoso”. Pero quienes lo conocen a fondo saben muy bien que una de sus características es su descuido por las cosas propias, aún por las más importantes, esa su “negligencia elegante” de que nos habla Zérega Fombona, por culpa de la cual es muy posible que otros frutos de su ingenio vayan a correr la misma suerte de que “Egloga Trágica” estuvo amenazada. Seguramente que esta es la única causa verdadera

de la demorada aparición, lamentada por muchos, por tardía, pero recibida con júbilo por todos.

Y como el libro ha salido ya a la luz, la hora debe ser de orgullo para el Ecuador y de fiesta para las letras y para quienes aman la belleza. Animados de ese espíritu, aquí nos hemos reunido, en el común anhelo de halagar a Gonzalo, más con el afecto que con los honores, ya que él se muestra más sensible a lo primero que a los últimos. Esta es mi manera de interpretar y sentir el homenaje. Si los demás ahora presentes lo interpretasen y sintiesen igualmente, es muy posible que nada sería más del agrado de Gonzalo Zaldumbide.

La Señora

Doña Blanca Martínez de Tinajero,

Directora de la Casa de Montalvo



EME aquí, don Gonzalo, os traigo el mensaje de Ambato. Allí se os recuerda con especial agrado, porque, vos, señor, habéis dado lustre, más de una vez, a sus más altos valores.

Mi pueblo, que admira vuestras cualidades y virtudes entre las que se destaca la vieja y siempre

renovada amistad que uniera con sólido raigambre a vuestros familiares con los míos, os envía su cordial saludo.

Qué grato es decirnos vuestra devoción por vos, señor, aquí, en el Salón de la Ciudad de San Francisco de Quito, en los momentos de vuestra exaltación. Este pináculo de gloria lo señaló el Destino aquel instante en que por primera vez os acogieron las manos de vuestra madre, la misma que años más tarde hilaría pensamientos entrañables junto a la luz de la esperanza recordando al hijo ausente . . .

Vida ancha y magnánima, la vuestra, don Gonzalo, no indigna de figurar junto a la de Rodó y a la de Montalvo, a la de Olmedo y a la de Vasconcelos . . . ¿Y por qué no añadir a la de Cervantes? Acaso no habéis embellecido con trazos perfectos, elegante distinción y arte incomparable la lengua rumorosa, con ecos de eternidad de don Alonso Quijano el Bueno, que con tanta generosidad os mostrara el áureo caudal de su léxico y os acompañara en vuestra ruta?

Razón suficiente para que se imponga vuestro valor en esta hora de apreciaciones justas. Lo merecen los múltiples talentos y virtudes del autor de "EGLOGA TRAGICA", la que luego de reposar en la blanda cuna del tiempo, llega a nosotros radiante de belleza y de juventud, de limpidez y frescura para hablarnos de su noble origen.

Aplaudámosla por su encantadora sencillez. Aplaudámosla porque ya ocupa lugar destacado en la Literatura Ecuatoriana.

Don Gonzalo: permitidme que a nombre y en representación de la CASA DE MONTALVO, a la que honrásteis el 13 de Abril próximo pasado, os felicite y me adhiera a este homenaje de afectuoso reconocimiento. Os lo ofrecen no sólo el muy Ilustre Cabildo de esta vuestra Ciudad, sino también todos cuantos admiran vuestra luminosa trayectoria.



GONZALO ZALDUMBIDE

Notable Escritor, a quien el
I. Concejo de Quito concedió la Condecoración
"Sebastián de Benalcázar", por su fecunda obra literaria.

Es la hora de la recolección . . . Ya podéis estar satisfecho por el excepcional valor que representa.

Permitidme, señor, que, por gentil encargo de su Señoría el Alcalde de la Villa de San Juan de Ambato, os entregue este opúsculo que contiene los discursos con los que habéis enaltecido la vida y obra de don Juan Montalvo.

Recibido, señor, como prueba de sincera deferencia . . . Y que resuene:

—“Salve oh Patria, mil veces oh Patria”!

Atocha, a 1º de Agosto de 1956. (1).



(1) Se adhirió al homenaje el señor doctor don Rodrigo Pachano Lalama, Alcalde de Ambato, quien, en corta improvisación, en nombre de la Muy Ilustre Municipalidad y pueblo ambateños, exaltó la obra literaria de Gonzalo Zaldumbide y especialmente sus trabajos de investigación y crítica de los más brillantes ensayos de Montalvo.

En la hora de la recolección... Ya podéis estar
satisfecho por el excepcional valor que representa
Permitidme, señor, que por gentil encargo de
su Señoría el Alcalde de la Villa de San Juan de
Ambato, os entregue esta opúsculo que contiene los
discursos con los que habéis enlazado la vida y obra
de don Juan Montalvo.
Recibido, señor, como prueba de sincera
deferencia... Y que resumo:
El Sr. Alcalde de San Francisco de
Quito Dr. Carlos Andrade Marín



Señoras y Señores:

OMAR la materia prima de nuestra rica y sonora lengua castellana, darle forma y hacerle expresar lo que bulle dentro del pecho y del cerebro del hombre es un arte, casi una artesanía, que plásticamente hace creación de inteligencia y modelado de ideas y sentimientos.

Aventurado es decir si esa aptitud nace con el artista o se puede formar con el hábito de escribir. Pero son tan pocos los que la poseen a la perfección, que tengo para mí que el componer la palabra es cualidad innata, como el componer la música. Hay escritores y músicos al doblar de cada esquina; pero la genialidad aparece sin esfuerzo y sin anuncio y nos conmueve y nos asombra lo mismo cuando escuchamos una Sinfonía de Bethoven como cuando leemos el Quijote de Cervantes.

América, la Española, que es también nuestra América Indígena, está pletórica de expresión y cada día que pasa llena con mayor impulso, fruto de su actividad actual y de su fabuloso futuro, la inagotable producción del hombre del Mundo Nuevo, que está ya maduro para decir y hacer oír su verdad en la Tierra.

Y sin embargo, con renovada frescura, a través de las épocas, se mantienen erguidos los pocos artífices de la palabra, los maestros que dieron forma inigualable a las permanentes ideas que deben guiar a los americanos de hoy y de siempre.

Y allí está Juan Montalvo, el rebelde, el inconforme, terror de los tiranos y los mediocres, iluminando con su verbo candente la obscuridad de las épocas de opresión que ojalá nunca vuelvan a azotarnos. Y allí, está José Enrique Rodó, siempre en actitud de enseñar, inspirado en el amor a América, marcándole su camino y su destino. Y allí —aquí entre nosotros— está Gonzalo Zaldumbide que, hablando sobre los dos, se elevó hasta su mismo nivel de escritor y de maestro. Orgullo nuestro es que de estos tres grandes de las letras continentales, dos sean ecuatorianos, aunque ellos y otros más ya son de nacimiento y trayectoria simplemente hombres de América.

Por eso, cuando el nombre de Gonzalo Zaldumbide, familiar ya en el Concejo Municipal Quiteño, se oyera una vez más al solicitar Jorge Fernández el Salón de la Ciudad para realizar un homenaje de los intelectuales, todos, unánimemente, quisimos estar también aquí, representando al pueblo que nos eligió, en este acto de inteligencia y de cultura.

El Municipio, que es la familia, que es la ciudad y es el hogar de todos, tiene que estar presente cuando se dice la palabra de elogio merecido al hijo ilustre. Así coopera a la exaltación amistosa que los

intelectuales hacen a Gonzalo Zaldumbide con el motivo inmediato de la aparición de su novela "Egloga Trágica" y con el reconocimiento constante de su obra literaria y humana. En este caso, la actitud del Municipio y de los amigos de Zaldumbide es más natural si consideramos que los quiteños no hemos tenido oportunidades frecuentes de compartir con él, cuya vida se ha dividido casi por igual entre el Ecuador y el Mundo.

Pero es un novelista Gonzalo Zaldumbide? Confieso mi ignorancia, explicable en el médico —y hoy el Alcalde— que sólo puede imponerse de lo que sucede en el ajeno mundo de la cultura no profesional y de la literatura, cuando, al fin de la jornada diaria, un buen libro refresca la mente y seda y tranquiliza el espíritu tenso y preocupado.

Así hemos solido informarnos aquellos médicos que seguimos la advertencia de Sydenham cuando el discípulo deseoso de agotar hasta el último las fuentes del saber le pedía consejo para leer el mejor libro de perfeccionamiento médico "Lee el Quijote" contestó el maestro. Lee el Quijote; es decir cultiva el espíritu ampliándolo por lo menos al sobreo circunstancial del conocimiento, por fuera de los estrechos límites de la actividad primordial. Es la mejor ayuda el recargado golpear del cerebro sobre una sola orientación y por otro lado, la única forma de hacer bien las cosas en esos mismos campos de la ciencia o de la profesión. "Quien sólo sabe medicina, ni medicina sabe", advirtió Letamendi. Y eso es aplicable a toda otra profesión, en esta época de parcelada especialización.

Aunque socio de la Jurídico Literaria, nunca pasé las hojas de la Revista que, allá por 1916 publicara unos trozos de la novela aparecida hoy, después de 45 años de escrita. Gonzalo Zaldumbide para mí, como para la mayor parte de los ecuatorianos, era el ensayista y crítico que, aquí, en los claustros

de la Universidad Central, comenzara su vida de maestro con su Discurso de Ariel. Y que, posteriormente, ya en Europa, escribiera sobre la evolución de D'Anunzio y en elogio de Henri Barbusse cuando ellos no habían alcanzado la consagración general. Que, luego, con su estudio sobre Rodó y sus Ensayos sobre Montalvo, Juan Bautista Aguirre, Gaspar de Villaroel, sobre España y tantos otros, entró y se quedó definitivamente en el grupo de los grandes artistas del castellano y entre los que son capaces de poner a las ideas el más vigoroso ropaje fonético y literario.

Reitero mi pedido de disculpas a este cónclave de intelectuales, si confieso, fue con sorpresa que abrí las páginas de la edición que está circulando de la novela "Egloga Trágica". Sorpresa de descubrir un nuevo Zaldumbide, el novelista, y luego admirativa y emocionada sorpresa el constatar cómo el inconfundible estilo que hace tantos años leyerá en el Discurso del Mantenedor de la Fiesta de la Lira, al narrar el viaje en mula hacia Cuenca, tenía su germen en esta novela escrita en 1911 y publicada, a medias, en la Revista de la Sociedad Jurídico Literaria.

Pongo entre los méritos de Zaldumbide el hecho de que, a pesar de estar casi media vida ausente de la patria y cuando las puertas de París, de Londres, de Washington y Buenos Aires se abrían de par en par para su trajinar intelectual, él pensó siempre en este Ecuador amado, con sus montañas, sus páramos y sus valles de ensueño. Porque Zaldumbide no sólo sabe mirar y decir las cosas, sino que sabe amarlas, única forma de comprenderlas.

A ratos perdidos, robando tiempo al premioso tiempo de estos días he leído "Egloga Trágica". Y con ella he salido de vacaciones en el húmedo verano de estos días. Y he sentido el olor y el sabor de nuestra tierra ecuatoriana. Pocas veces pude leer

descripciones tan reales de la vida provinciana y de los campos norteños, entre el tejer de personajes y humanos sentimientos. "Egloga Trágica" es novela de paisajes y aún el indio es solamente allí una nota doliente en el paisaje andino.

Pero quede el juicio literario para los críticos y los entendidos. Para mí quede tan sólo el agradecimiento al escritor por los momentos de descanso y placer tenidos al leer las páginas de su novela.

Y, sobre todo, como Alcalde de Quito, quédeme la enorme satisfacción y el honor de poder cumplir con el mandato del Concejo —que es mandato de la Ciudad— de galardonar a su autor incorporándole a la Orden de Caballeros de Quito "Sebastián de Benalcázar" en el más alto grado, el de Gran Cruz. El Municipio Quiteño ha querido aprovechar la oportunidad para hacer público reconocimiento de los méritos que adornan a Gonzalo Zaldumbide como ciudadano y como escritor. El significado de este homenaje es pues el premio a toda una tarea dedicada a poner en alto el nombre de la Patria y la Ciudad.

Zaldumbide, diplomático, y de los verdaderos, tiene condecoraciones que, en su caso, son merecidas porque están a tono con su personalidad ya ilustre. Pero ésta que hoy le concede la Ciudad es muestra cordial y afectuosa de la amistad de los quiteños, es el homenaje familiar de San Francisco de Quito a uno de sus más destacados hijos.

Está bien, por ello, que el collar áureo de la Condecoración de los Caballeros de Quito no sea una joya hecha en serie para distribución generosa y circunstancial. Es trabajo de artesanía, burilado a mano, para significar, en esta ocasión el complemento entre la belleza realizada con las manos y la forjada con la inteligencia.

Al colocar esta presea al ilustre escritor y buen amigo, me place representar al pueblo de San Francisco de Quito en un acto justiciero y de noble reconocimiento. El Ecuador sólo será grande por su espíritu y su cultura y aquí tenemos un hombre ejemplo de esos valores, modelo para las generaciones que vienen y orgullo para las actuales.

Discurso de agradecimiento del señor Gonzalo Zaldumbide



A insignia con que acabáis de condecorarme es de las más preciadas, no sólo por el tacto y la medida con la que hasta hoy ha sido parcamente discernida, sino por la virtud que tiene en sí, en el símbolo que la define y enaltece. Es un galardón que tiene alma propia. Su valor y significado no residen en la vanidad de quien la ostenta por favor, sino en la noble obligación que impone, de ser consecuente con su finalidad. Acaso sea ésta la primera vez que ella haya sido otorgada, más como muestra de benevolencia y generosidad, que como recompensa a obra y servicios de quien la recibe, confundido.

descripciones tan reales de la vida provinciana y de los campos norteños, entre el tejer de personajes y humanos sentimientos. "Egloga Trágica" es novela de paisajes y aún el indio es solamente allí una nota doliente en el paisaje andino.

Pero quede el juicio literario para los críticos y los entendidos. Para mí quede tan sólo el agradecimiento al escritor por los momentos de descanso y placer tenidos al leer las páginas de su novela.

Y, sobre todo, como Alcalde de Quito, quédeme la enorme satisfacción y el honor de poder cumplir con el mandato del Concejo —que es mandato de la Ciudad— de galardonar a su autor incorporándole a la Orden de Caballeros de Quito "Sebastián de Benalcázar" en el más alto grado, el de Gran Cruz. El Municipio Quiteño ha querido aprovechar la oportunidad para hacer público reconocimiento de los méritos que adornan a Gonzalo Zaldumbide como ciudadano y como escritor. El significado de este homenaje es pues el premio a toda una tarea dedicada a poner en alto el nombre de la Patria y la Ciudad.

Zaldumbide, diplomático, y de los verdaderos, tiene condecoraciones que, en su caso, son merecidas porque están a tono con su personalidad ya ilustre. Pero ésta que hoy le concede la Ciudad es muestra cordial y afectuosa de la amistad de los quiteños, es el homenaje familiar de San Francisco de Quito a uno de sus más destacados hijos.

Está bien, por ello, que el collar áureo de la Condecoración de los Caballeros de Quito no sea una joya hecha en serie para distribución generosa y circunstancial. Es trabajo de artesanía, burilado a mano, para significar, en esta ocasión el complemento entre la belleza realizada con las manos y la forjada con la inteligencia.

Al colocar esta presea al ilustre escritor y buen amigo, me place representar al pueblo de San Francisco de Quito en un acto justiciero y de noble reconocimiento. El Ecuador sólo será grande por su espíritu y su cultura y aquí tenemos un hombre ejemplo de esos valores, modelo para las generaciones que vienen y orgullo para las actuales.

Discurso de agradecimiento del señor Gonzalo Zaldumbide



A insignia con que acabáis de condecorarme es de las más preciadas, no sólo por el tacto y la medida con la que hasta hoy ha sido parcamente discernida, sino por la virtud que tiene en sí, en el símbolo que la define y enaltece. Es un galardón que tiene alma propia. Su valor y significado no residen en la vanidad de quien la ostenta por favor, sino en la noble obligación que impone, de ser consecuente con su finalidad. Acaso sea ésta la primera vez que ella haya sido otorgada, más como muestra de benevolencia y generosidad, que como recompensa a obra y servicios de quien la recibe, confundido.

Busco en silencio por donde pudiera yo haberla merecido y no hallo en mi memoria sino huellas borrosas de antiguo amor y afanes ilusorios por ver a mi Ciudad, tan ilustre en su historia cuatricentenaria y tan venida a menos en este último siglo, —el de su vida independiente,— por verla, digo, convalecer y enderezarse de quebrantos y desdenes y pretericiones que la agobian tan sólo por obra de su pobreza consuetudinaria y de su desvalimiento, que la tiene casi sin voz para quejarse a solas, y sin eco para ser atendida en su miseria.

Se le mezquina hasta el pan de cada día. Mientras miramos en torno alzarse a bienestar, decoro y gloria, capitales vecinas que le fueron similares (Bogotá, Lima, Caracas), la nuestra yace en su penuria y no sabe cómo afrontar la cita a la que la han comprometido fraternalmente ciudades más felices.

Desde la emancipación, que confirmó a Quito en el rango que le venía de sus orígenes más remotos, nuestro sino le ha sido adverso y no se sabe si el decaimiento de su espíritu es efecto o causa de esa especie de atonía a que se ha resignado en su pobreza.

Mal podría este homenaje ser ocasión de expresar otra cosa que mi agradecimiento y efusión. Sin embargo, ya que me hallo en el caso de buscar en mi memoria algún título que me asista y recubra esta mi desnudez de merecimientos, hallo ya en lejanía una recordación que ligó mi afecto de ausente a la celebración del Primer Centenario de nuestra Independencia. Fue en mi segunda larga ausencia; y ya nostálgico y como contrito, a falta de presencia comparecí a esos festejos patrios con un mensaje. Publicólo EL COMERCIO extensamente, a plena página. Amigos me escribieron comentándolo y algunos embromándome porque el parisiense que suponían en mí aparecía lamentando desde la Plaza de la Concordia, la desaparición de las fuentes de

piedra que ornaban, monumentales, nuestras plazas de San Francisco, Santo Domingo, La Merced, la Plaza Grande.

Me preguntaban si lo que quería era encontrar a mi regreso a los "aguateros con sus pondos" y aún al Orejas de Paio, abriéndose paso en las calles con su garrote para ahuyentar a los chicuelos que le interpelaban en vocerío. No, no era para tanto; si bien es cierto que había yo por entonces visitado no sólo la ciudad de las fontanas ilustres, legendarias, las de la Roma Cesárea y Pontificia que con la grandeza de sus fuentes veneradas no era para compararlas con las nuestras, sino que había visto también en la burguesa y austera capital de Suiza, Berna, ciudad de las piletas, que conserva en cada barrio, aún de los más modernizados, sus antiguos surtidores, modestos, sin más gracia que la de haber sido lo que fueron, ingenua dádiva de agua para menesteres domésticos de un sencillo pueblo lugareño. Nosotros reemplazamos en aquella época los tazones de piedra bien labrada, con artefactos de fierrotol, importados de los almacenes Allez-Freres, con cisnes, náyades y nenúfares de latón retorcido por el contorsionado Art Nouveau, como se llamaba esa flor de un día, flor de trapo, de una conmovedora cursilería que sedujo nuestra ignorancia de pueblo chico.

Desterramos nuestras pilas coloniales a Calacalí, a Sangolquí, a otros pueblos que se contentaban con piezas sueltas. Ahora todos las añoramos y quisiéramos verlas devueltas a nuestras plazas tradicionales. Pero esto no era sino un detalle pintoresco. Lo grave era el desdén, que había cundido, de todas las gracias añejas de la ciudad. Salvo uno que otro templo indestructible, todo lo que la caracterizaba como legado de la Colonia era mirado como indigna supervivencia del pasado y estorbo del presente.

De lejos la veía, ciudad antigua, venida a menos, despojada de sus prestigios y viejas galas. Tal vez yo exageraba esas galas y prestigios. Pero ahora que me es necesario rastrear en mi memoria de simple quiteño algún antecedente que medio justificara el diploma que hoy se me discierne de Quiteño Meritorio, sin esperar a que lo sea, permitidme recordar algo de lo poco e insignificante que desde antes me dictó el apego.

Por ejemplo, y ya que nos hallamos en este flamante "Salón de la Ciudad", dejadme breves instantes para evocar que, precisamente aquí, en este sitio modernizado, se alzaban en mi tiempo, quiero decir en el tiempo de mi formación y primeras impresiones ambientales, viejos paredones de uno de los cuatro claustros magníficos del históricamente ilustre Colegio de los Jesuítas.

Fuí interno de mi Colegio tres años, y dos, escasos, alumno de la antigua Universidad.

Guardo viva imagen del recinto, así del Colegio como del hermoso claustro de la Universidad. Tan natural parecíame el crecer en edad y enseñanzas a la sombra venerable de arquitecturas no recientes sino desde antes ya arcaicas, que impregnaban a los alumnos la sensación, la noción de no ser traídos por el viento, a morar en campo raso y como despoblado, donde se levantasen como toldas de gitanos, abrigos improvisados en el desierto, sino allí donde moraron y pasaron, a cubierto de techumbres probadas por los años, antecesores que se sucedieron durante varias generaciones aprendiendo a formarse en tradiciones clásicas ilustres. ¡No habíamos pues aprendido a leer sólo desde la Independencia!

Yo me hallé después, visitando viejas ciudades universitarias, Salamanca, Boloña, Lovaina, Oxford, los claustros de Cluny, predecesores y vecinos de la nueva Sorbona.

Y venciendo el complejo de americano joven que, como tal gusta y admira en todo el modernismo, aprendí a sentir el encanto de los viejos muros que aquellas ciudades europeas, opulentísimas y congestionadas, casi ahogadas por falta de espacios edificables, respetaban, sin embargo, no por bellos, sino, precisamente por antiguos y anticuados, por haber sido moradas del primer saber, aulas de las primeras ciencias y de su más rancia cultura.

Y cuando supe que mi vieja Universidad de Santo Tomás, de imponente pórtico a la calle, mi viejo Colegio de San Luis, con su inmensa azotea, herederos ambos de nombres aún más antiguos, habían sido entregados a la pica demoledora de un criollo aprendiz de arquitecto, me angustié.

Luego me informaron, en detalle, ecos denunciadores del ingenuo entusiasmo por acometer el desacato.

Según me contaron, había llegado de Europa, propiamente de Bélgica, un joven que decía haber cursado Ingeniería o quizá Arquitectura; no sabíamos entonces distinguirlos.

En llegando lo felicitaron y le dijeron: Muy bien, jovencito, parece que usted ha estudiado con provecho, y para que nos muestre lo que ha aprendido, aquí tiene usted esta vieja media manzana a su disposición: échela abajo y levante en ella lo que usted quiera, para Universidad, guiado por su precoz aunque todavía incógnita sabiduría. Y así lo que en otras naciones se brinda a un veterano del arte, que ha hecho pruebas fehacientes a lo largo de una carrera colmada de obras óptimas, fue aquí ofrecido a un ingeniero en ciernes, casi imberbe, a que dé examen y rubrique en la práctica, diplomas que nadie comprobó.

Lo que se gastó en dinamita, y en estupidez, al derrocar muros graníticos, hechos a la manera maciza e irrompible de la Colonia, hechos para

durar y sobrevivir, causó asombro pero no escándalo; tal vez una que otra protesta, una que otra duda.

Más trabajo costó derrocar esa fortaleza que levantar esta ligereza, la cual, aunque también en piedra, parece un papel mascado o pasta de cartón.

Cuéntase también que el joven constructor, abrumado por la magnitud de la obra que habían sometido a su todavía inexperta y endeble juventud, se olvidó de gradas y otras cosas.

El hecho es que resultó, junto al Real de Lima de los próceres, por un lado, y por otro, junto a la fachada y Templo de la Compañía de Jesús, gloria de España en América y de América en el mundo, este socrocio longitudinal.

... Los tiempos han cambiado. Hemos ganado en seriedad, precauciones y conocimientos. Ya nuestros arquitectos son de ciencia y gusto más certeros. Y habiendo yo, señor Alcalde, sido honrado por Su Señoría, con uno de los cuatro o cinco nombramientos para la Junta de Defensa Artística de la ciudad, cúpleme decir que, integrada esa Junta principalmente por profesionales, y compuesto el Ilustre Concejo de hombres entusiastas y circunspectos, presididos todos nosotros por el tino, el cuidado y minucioso celo de su Señoría, el ornato y desenvolvimiento de la Ciudad está en buenas manos. No ha menester de consultores profanos como yo, si bien nunca está demás oír aún al profano, que es en general el principal interesado, esto es: el público.

Bajo este aspecto, y para terminar con este escrúpulo de procurar el llegar a no desmerecer el honor que me habéis hecho como quiteño amante del decoro de la Capital, me atrevo a rogaros, señor Alcalde, a comprometer aquí, aún más vuestra reconocida voluntad: ante las dificultades y estrecheces que os restringen el campo, no desmayéis en vuestro empeño de dotar a la

capital de la República, de un Palacio Municipal, de un Ayuntamiento, digno de su historia y de su rango.

Al celebrarse el Cuarto Centenario de la Fundación de la Ciudad, fui honrado con el encargo del discurso conmemorativo. Y a la verdad, lo único conmovedor fue la queja que alcé, entonces, dolorida: a saber, que a esa altura del tiempo, todavía no tuviésemos lo que ya tienen casi todas las capitales de nuestras provincias, una Casa Consistorial más o menos digna de su representación; que no tuviésemos nosotros como sede simbólica, sino ese cascarón destartado, esa pocilga, esa afrenta en pleno rostro de una capital de República consciente. Lamenté, entonces, esa lacra, esa vergüenza. Lavadla, señor Alcalde, de la faz de una ciudad, pobre pero digna, que no tiene, como se dice, cara con qué presentarse. Bien sé que se la trata como a mendiga vergonzante: pide limosna a los poderes públicos: se le responde, —Vuelva el sábado. Vuelve el sábado y se le dice: —No hay, perdone.

Señor Alcalde de Ambato, habéis bondadosamente acudido a este homenaje, como si algo debiérais todavía a mi amistad, después de haberla colmado en vuestra propia ciudad. Sed bienvenido y disculpad que no haya sido yo quien vaya a agradecer en la cuna de Montalvo, este exceso de bondad. A vuestro triple título de hombre de letras, de amigo y de representante de una ciudad preclara, no sé por dónde seros más devoto. Ni qué menos agradecer a la bondadosísima Directora de la Casa de Montalvo, que ya me había brindado un homenaje como huésped grato a sus sentimientos familiares. Amigo y amiga ambateños ambos y en tal virtud, ambos generosos, gracias por las palabras que, a turno y una vez más me habéis dedicado.

En cuanto a mi antiguo y querido amigo del Quito de otro tiempo y de ahora, Víctor Manuel Pérez Perozo, a quien llamo, y no de broma, sino

definiéndole, nuestro Lafontaine, el Lafontaine del habla española, que ha concentrado en sus pequeñas fábulas grandes máximas filosóficas, de tan sabia cordura personal y popular; y que nos vierte gota a gota, de sus diminutos pomos de poesía, esencias a cuyo aroma soñamos con euforia en un mundo mejor, de candor infantil y de dulce experiencia de ancianos ¡cómo agradecerle bastante el haberse dignado a acompañarnos en esta fiesta íntima, no como Embajador aunque lo sea de un país hermano, sino como amigo fraterno hasta de las piedras de nuestras antiguas calles que lo vieron transitar de brazo con nosotros y en sus ensueños juveniles!

Y, a Fernández, ¿qué decirle al compañero de días azarosos, en estos días fáciles, llenos para mí tan sólo de alborozo?

Carlos M. Larrea, aquí presente aunque tan sólo en espíritu, siempre sagaz; joven amigo Galo René Pérez; Guillermo Bustamante, nuestro poeta bucólico por excelencia que como tal ha sentido la verdad de la parte eglógica de mi Egloga; y vosotros, escritores amigos, y amigos escritores, vosotros todos, en fin, que os habéis aquí reunido, gracias, gracias, gracias.